LAS/12

MUJERES EN PÁGINA/12
10 DE NOVIEMBRE DE 2000
AÑO 3 NÚMERO 135

MUJERES DE FUERTE APACHE

"Los hombres se quedan; las mujeres usamos la cabeza", dicen ellas. Desde la implosión que acabó con muchas de sus viviendas, las mujeres de Fuerte Apache se juntan. Ya lo hacían antes. Sin saber exactamente para qué, se juntan. Hay entre ellas un afán de reconstrucción: si no de sus casas, de sus vidas.

Las mujeres del FUERTE

POR MARTA DILLON

El taladro se hunde en los escombros como un dedo que hurga en la llaga. La herida está abierta en Fuerte Apache y el barrio se desangra en bloques de concreto que se van dividiendo, se hacen más pequeños, se desparraman hasta convertirse en nubes de polvo que nunca terminan de asentarse. Una semana después, la implosión todavía regala metáforas que las vecinas usan para armar su discurso: "A nosotros también nos dividieron así, nos separaron y nos destruyeron. ¿Por qué te creés que montaron el circo que montaron para la explosión? Porque querían mostrar en la televisión lo que quieren hacer con todos nosotros, primero acusarnos de delincuentes y después matarnos sin culpa". Susana Sayago es una mujer rebelde que no sabe quedarse callada ("¿Y por qué tendría que cerrar la boca?"), es una mujer de Fuerte Apache y, aunque ese mote le disgusta, casi tanto como los periodistas, se cuela entre sus palabras naturalmente. De alguna manera hay una identidad en la marginación que ella defiende sólo para recordar desde qué fondo se ha levantado. "Se piensan que somos indios y tal vez sea cierto, yo vengo de Catamarca, seguramente mis antepasados eran quechuas. Después fui villera y como villera tengo mi orgullo. Ahora estoy en este barrio y lo voy a defender aunque todos nos abandonen". Ese todos implica un grupo de límites difusos: políticos, funcionarios, periodistas. Hasta la Iglesia de la que forma parte le causa desconfianza, aunque eso nunca la hizo faltar un solo domingo a misa. "Yo traje la idea de empezar a juntar a los vecinos desalojados y a los que están amenazados con desalojos. La Iglesia no hacía nada y yo sé que la fe sin obra no es fe". Juntarse, eso fue lo que se le ocurrió a Susana mientras veía cómo se vaciaban los nudos que iban a ser derrumbados. No sabía bien para qué, tampoco lo saben a ciencia cierta las mujeres que se fueron juntando en la capilla de Santa Clara, en la intersección de Paso y Militar, el límite de Fuerte Apache. No era una consigna reunirlas a ellas, pero es lo que se fue dando. "Así somos las mujeres –dice Susana–, guerreras. El hombre es como que se aplaca, como que tiene miedo porque no puede dar lo que tiene que dar. Ahora con la falta de trabajo no puede cumplir con las obligaciones y entonces qué hace, se deprime. Y bueno, pero nosotras les podemos levantar el ánimo".



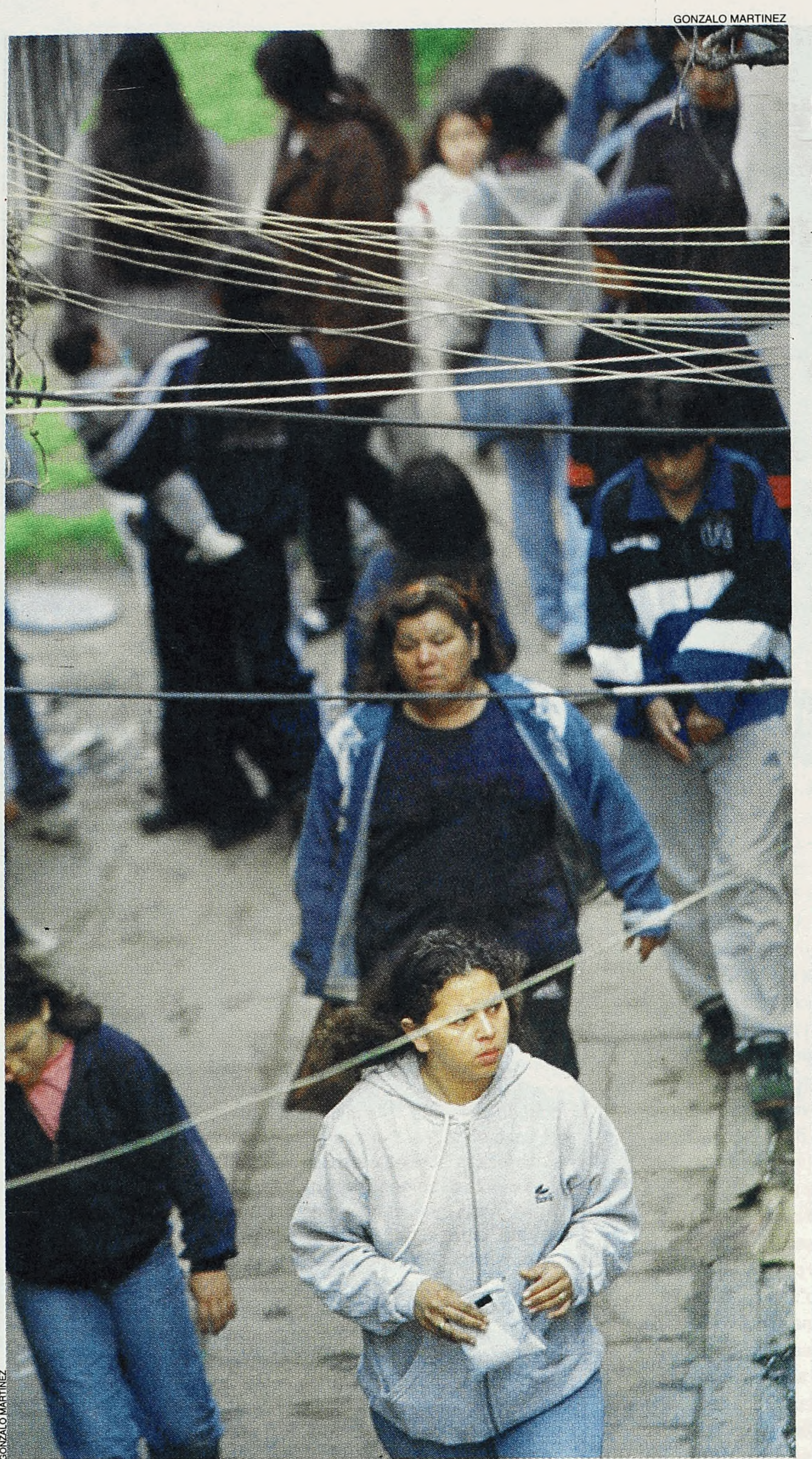
BERNARDINO AVILA

"¿Qué diferencia puede haber entre nosotras y cualquier otra mujer? ¿Acaso es distinta la pobreza en otros lados?". Elsa no entiende de qué se trata el trabajo de la cronista y como la mayoría en el barrio, desconfía. El día de la implosión fue una de las que estaba en ese coro espontáneo que ponía palabras a una guerra en escala que no fue la primera ni será la última. Elsa empezó pidiendo a los chicos que no tiraran piedras, después le exigió a voz en cuello, igual que la veintena de mujeres que la acompañaban, al comando de Infantería que se retirara, que "¡contesten con piedras, no con balas, matapibes!". Más tarde el coro les reclamó a los periodistas que dejaran de apuntar sus cámaras a ese conflicto sin sentido en el que ambos bandos avanzaban y retrocedían como obedeciendo a alguna secreta coreografía de la que sólo los actores conocían los códigos. Elsa fue una de las mujeres que levantaron del piso los cables que, como cordones umbilicales, unían las cámaras con sus móviles y tirando de ellos hicieron retroceder a los camarógrafos. Ese día, el de la implosión, el barrio compuesto por nudos y tiras numeradas que arman direcciones que suenan a batalla naval parecía patrimonio exclusivo de mujeres y jóvenes hasta 20 años. Una semana después, más o menos a la misma hora, la población parece otra. Entre los laberintos de cemento, sobre la complicada geografía que forma el barro después de la lluvia, casi no se ven mujeres. "La mayoría de nosotras está trabajando", explica Azucena Márquez, "a los pibes se los ve más a la nochecita". Hay montones de comercios improvisados en los departamentos de planta baja. Casi todos venden lo mismo: desde cerveza a medicamentos, de pañales a indumentaria, comidas preparadas o artículos de perfumería. Frente a los comercios hay ruedas de hombres que parecen haber agotado todos los temas de conversación. También hay cuadrillas de trabajadores que pico y pala en mano abren canaletas o recogen la basura, son los beneficiados por los planes Trabajar, "la mayoría lacayos de los punteros políticos", denuncia Susana, "los mismos que quieren dividirnos, que de hecho lo hicieron antes del desalojo". Puntero parece una mala palabra, militante también se oye con desconfianza. "Ojito –aclara Azucena, de 43 y con 26 años de residencia en Fuerte Apache–, que yo no soy militante de nada, acá los militantes son los que traicionan a los pobres". Susana y María Rosa Ocampo son las que intentan calmar a Azucena, no le gustó que se haya puesto en ese término su compromiso con los vecinos, aunque al final admite que puede ser, que a lo mejor ella es una militante católica.

Azucena, Susana, Elsa, María Rosa son mujeres distintas de una misma generación. Llegaron al barrio con sueños de progreso, "salíamos de la villa a un departamento, algo que no habíamos soñado nunca". Alguna recién casada, otra de novia, todas cumplieron los veinte en Fuerte Apache cuando se llamaba Ejército de los Andes y ellas peleaban para ponerle Padre Mujica, en honor a ese sacerdote que les "hizo entender que por más que fuéramos pobres también teníamos derechos". Todas habían trabajado como empleadas domésticas, más o menos desde los once. "Pero en esa época si te casabas era porque tu marido tenía trabajo y la mujer se quedaba en la casa. Había mucho que hacer, no sólo criar a los chicos. Porque los departamentos estaban sin terminar, entonces nuestro trabajo fue ése, armar carpintería con cajones de manzanas, poner cortinas, rebuscarnos para poner lo que hacía falta". Volvieron a trabajar cuando los maridos empezaron a quedarse en casa, expulsados por el cierre de las fábricas de la zona. "En un momento yo trabajaba de lunes a lunes en casa de familia. Ahora apenas tengo dos días", dice Susana. Fue esta generación de mujeres las que antes y después de la implosión intentaron organizarse para que se escuchara una voz distinta de la oficial. En ese camino llegaron a interrumpir un acto del gobernador Carlos Ruckauf para entregarle un petitorio que no fue contestado. Toda una aventura y también un pequeño triunfo que festejan, aunque saben "que con eso no hacemos nada".

En cada tira, en cada nudo, hay capillas ardientes, "cada una es un muerto", dice Lorena y se mira las manos, "no me alcanzan los dedos para contar cuántos amigos han matado en estos pasillos". Lorena tiene 21, una gorrita de béisbol que lleva con la visera para atrás y unos labios gruesos que son el único rasgo de su cara que delata su condición femenina. Ella y su amiga, también Lorena, no entienden nada de progreso. En realidad todo lo que han visto es la reducción constante y progresiva: del número de sus amigos, del espacio en el que habitaban y ahora habitan, de sus posibilidades de estudiar, de sus posibilidades de trabajar. Lorena 1 aprendió el oficio de carnicera, es decir maneja el cuchillo "como la mejor". Lorena 2 dejó la escuela y trabajó en "comercio" aunque desde hace unos meses la única changa que consigue es "tirar volantes". Ellas hablan de lo que las mayores callan, conocen el lenguaje de la violencia y valoran sus principios y sus códigos.

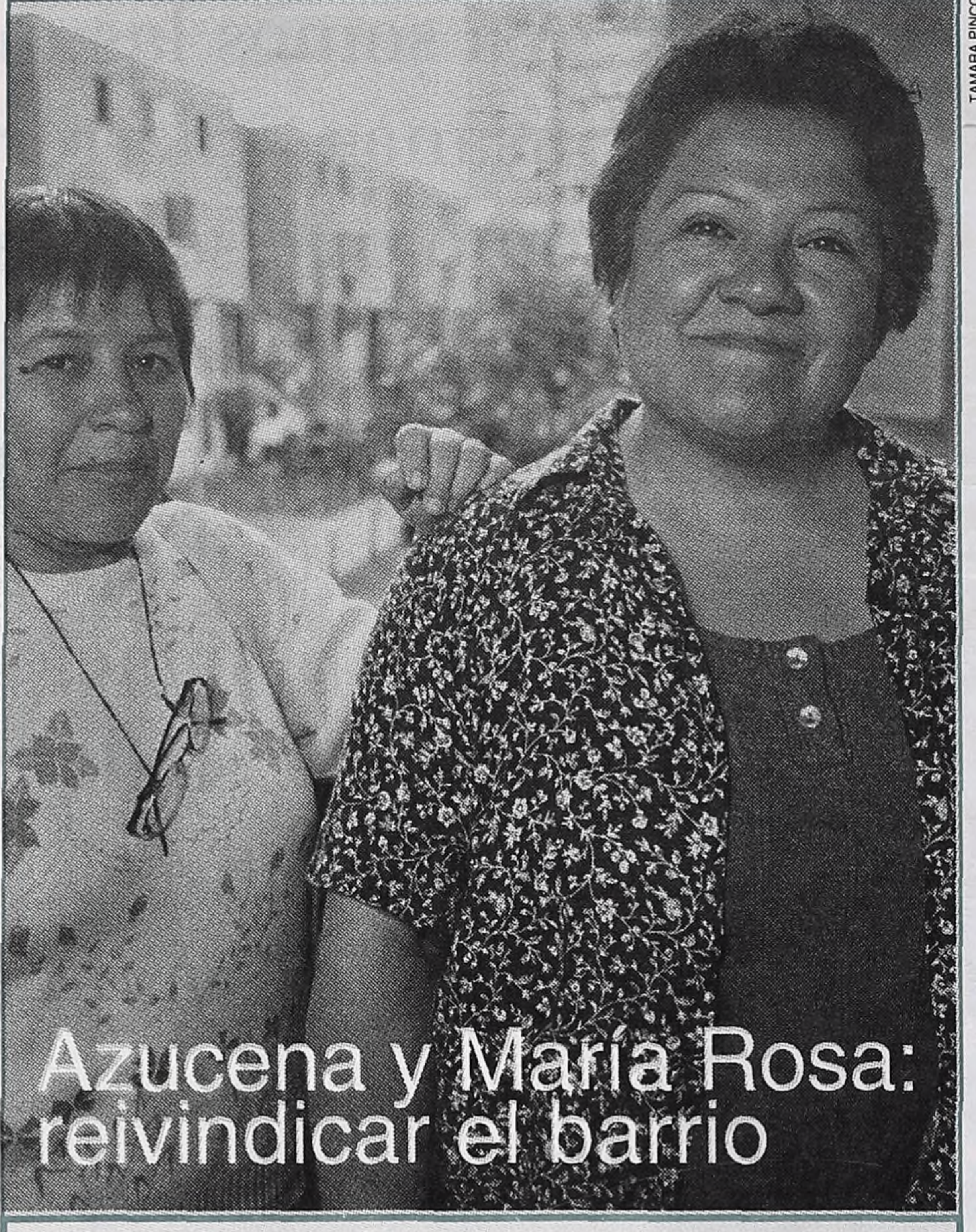
“Así somos las mujeres –dice Susana–, guerreras. El hombre es como que se aplaca, como que tiene miedo porque no puede dar lo que tiene que dar. Ahora con la falta de trabajo no puede cumplir con las obligaciones y entonces qué hace, se deprime. Y bueno, pero nosotras les podemos levantar el ánimo”.


GONZALO MARTINEZ


GONZALO MARTINEZ


GONZALO MARTINEZ

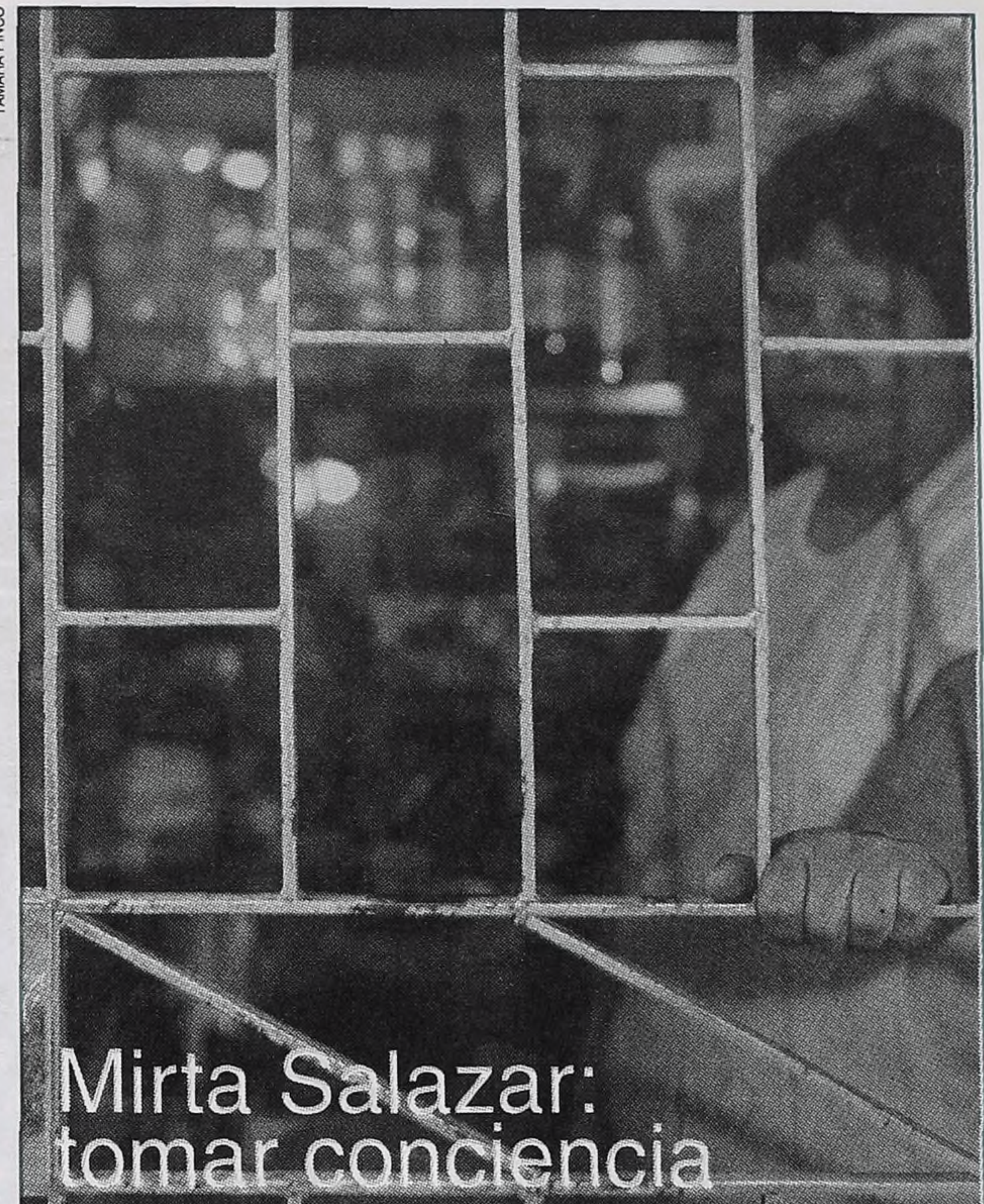
LAS MUJERES DEL FUERTE



TAMARA PINCO

Azucena y María Rosa: reivindicar el barrio

Se conocen desde que eran adolescentes y andaban atrás del padre Carlos Mujica repitiendo cada cosa que él decía. El recuerdo de Carlos, como ellas lo llaman, les enciende los ojos y trae anécdotas que las hace reír tapándose la boca como si lo que de verdad quisieran ocultar es un amor secreto e inconfesable por ese cura que planeaba dejar el celibato antes de que lo mataran en 1973. Azucena llegó de Salta a los 8, con su mamá y un susto proporcional al tamaño de Buenos Aires. En Tres Cerritos, su pueblo, "un señor que vendía caramelos nos había dicho que cuando quisiéramos teníamos un lugar en su rancho". Nunca había visto una villa miseria, no podía creer que la gente soportara vivir tan junta. A su marido lo conoció en la capilla Cristo Obrero, a los 12, desde entonces están juntos, hace 31 años. Sólo tuvieron dos hijos, uno de 19 que busca y no consigue trabajo y otro de 12. "En todos lados te piden experiencia, ¿qué experiencia puede tener? Un baño lo sabe lavar muy bien, pero tampoco lo voy a mandar a trabajar por horas". Ese hijo estudia el profesorado de historia en la UBA, "pero nunca da la dirección, porque ya en la escuela le quitaron la bandera y yo sé que es porque vive acá. Nos discriminan." Le hubiera gustado tener una nena, pero "no se dio". Ahora, desde la ventana del departamento de su amiga Susana mira las ruinas del derrumbe y no puede evitar darle una medida al dolor que sintió: "Cuando lo vi caer, fue como el desgarro que se siente al perder los hijos, al no poder hacer nada para retener un embarazo". María Rosa, en cambio, no tiene nostalgia de los hijos que no tuvo: "Uno es demasiado para este mundo". En los ojos se notan los rastros de un abuelo japonés y una madre paraguaya. Ella era militante de la Juventud Peronista hasta ese día en que sonaron las campanas de la Villa 31 de Retiro para anunciar la muerte de su querido Carlos. "Lo fuimos a buscar caminando hasta Mataderos donde tenían su cuerpo, y en procesión lo trajimos hasta la capilla. Después salimos de la villa por Salguero hasta Recoleta, fue tan triste que dejé de creer en Dios y en la política también". La fe no ha vuelto, pero sí las ganas de hacer algo más que limpiar la casa propia y las ajenas. "Aunque sea me gustaría reivindicar el barrio, que nos juntemos para mejorarlo y sacarnos la marca de encima. Ahora cuando volvemos del supermercado un remise que sale 3 pesos te cobra 5 por venir a Fuerte Apache. En realidad se aprovecha porque si no, habría que pensar que la vida del chofer sale sólo 2 pesos".



Mirta Salazar: tomar conciencia

Hace un gran esfuerzo para no quebrarse. Y al final se quiebra. Aprieta en las manos cuatro álbumes de fotos que cada tanto abre y revisa, aun después de haberlos exhibido largamente como prueba irrefutable del excelente estado en que se encontraba su departamento de la tira anexa al nudo 8, demolido la semana pasada. Mirta muestra un departamento que se adivina detrás de postales familiares que antes eran sólo eso. El baño se ve porque alguna vez fotografió a su nieta en la primera inmersión; el patio, cuando a ella le hicieron una fiesta sorpresa de cumpleaños. Llegó a Fuerte Apache de soltera, después de meses de práctica para aprender a tomar colectivos, con un banquito que el padre puso en el fondo del terreno fiscal en el que vivían en 1973, cuando ella tenía 15 años. En el barrio conoció a su marido y se casó en el '74. Durante años él mantuvo dos trabajos y ella cruzaba el puente de Beiró sobre General Paz todos los días con las tres nenas del matrimonio de la mano. Era la única forma en que su marido podía compartir con sus hijas un rato, entre el trabajo en la Municipalidad y el de la fábrica de repuestos. Mirta no venía de una villa y eso le hizo creer durante mucho tiempo que era distinta. No conocía a sus vecinas, jamás pisaba los lugares comunes del barrio. Cuando su marido perdió un trabajo, se puso a cocinar para afuera. En el departamento demolido había montado un negocio porque las cosas fueron mejor de lo que esperaba, ahí están las fotos como prueba, con las tres hijas y la nieta que tiene a cargo sonriendo para la toma. "Yo era de las que decían 'qué más quieren que los 22 mil pesos –que el municipio dio a los vecinos como indemnización por el desalojo–, también decía que era un problema de otros. Y ahora estoy acá, me tuve que mudar a un departamento que es la mitad y encima me estafaron". Mirta tiene una fobia que empezó cuando murió su madre. Durante años no pudo entrar a los dormitorios de su casa ni tampoco alejarse demasiado de ella. Los 20 mil pesos que puso a las apuradas, después de que la Gendarmería echara sus últimas cosas por la ventana, se los llevó alguien que no tenía derecho pleno sobre la casa en la que ahora Mirta volvió a montar un kiosco. No tiene esperanzas, en eso es sincera, "no creo que lo que se hizo con nosotros tenga solución, pero hay que darse por vencido después de haber luchado. A lo mejor en la lucha recupero las fuerzas porque ahora no tengo ni ganas de cocinar".

"Lo que tiene este barrio de distinto a todos es que acá tus amigos son capaces de morir por vos. Y no es joda. Te van a defender hasta la muerte y eso yo no lo vi en ningún lado, acá no se deja tirado a nadie". Las vecinas mayores también hablan de lealtad, aunque en otros términos: "Dicen que acá hay muchos delincuentes, pero yo estoy tranquila –dice Azucena–, porque por ejemplo, mi prima que vive en Morón cada vez que sale tiene que pedirle a alguna vecina que le controle la casa. En cambio acá los vecinos no te roban y los que no son de acá no se van a atrever, te podés ir tranquilo".

Lorena y Lorena saben de la existencia de los míticos Backstreet boys, una banda de chicos entre 12 y 19 con códigos de pandilla a los que se reconoce porque "son chetos y se pintan el pelo de colores. Andan como limpios ¿viste?, siempre tienen ropa de marca, deportiva y con unas zapatillas así", dice Lorena 1 y hace un gesto con las manos para demostrar lo grandes que pueden ser. "Los Backstreet son de bailar, se van juntando un poco por eso, porque les gusta la música, se visten igual, después roban igual y hasta matan igual". De qué se trata ese igual, eso no lo dicen, sólo que tienen un estilo muy diferente a Los sopapitas o a La Gardel, otras dos bandas de barrios cercanos ("los monoblocks del otro lado y barrio San Eduardo"). "Acá se quejan de que los pibes salen torcidos, pero te obligan a mendigar todo el día. Tirando volantes apenas te llevás cinco pesos y capaz que estuviste 12 horas. Yo admiro a los que no dejan morir a los chicos de hambre, si tienen que robar que lo hagan. Lo malo es que después los matan por nada, o les sale mal y van presos y las mujeres los tienen que ir a ver, porque a las minas que caen no las va a ver nadie, las dejan de parias".

En el código del delito las tareas están divididas por sexo. "Casi no hay mujeres pistoleras; la mujer no se puede arriesgar tanto porque tiene que cuidar a los hijos; ellas son mecheras", dice Guille, viejo habitante de Fuerte Apache. Pero Lorena tiene otra explicación: "Las mujeres somos más astutas, los hombres no saben hacer otra cosa que ponerles el pecho a las balas. En cambio nosotras, mientras una te habla, capaz que la otra te está manoteando, es una cuestión de inteligencia". De eso se trata sobrevivir para Lorena, "de usar la cabeza". A ella le da bronca que haya "pibitos que se matan entre ellos, para eso ya está la cana, pero lo que pasa es que les da lo mismo", dice mientras pasea una latita de Coca abandonada y señala los muros grises; sobre esa superficie otra vez se cuentan los muertos, anotados con aerosol el nombre, la fecha y un siempre te recordaremos que nunca cambia. "Mirá ese boludo", dice Lore. "Ese boludo" anónimo se distingue del resto porque debajo del recordatorio escribió: "pronto voy a estar junto a vos". "¿Ves? les da lo mismo morirse", dice y se acomoda la gorra.

Las mujeres mayores no quieren que se hable de estas cosas, pero a la sombra fresca de la capilla de Santa Clara, en donde hoy viernes está de visita la virgen de Caacupé en honor a la gran colectividad paraguaya –también hay una imagen de la virgen de Copacabana, patrona de los bolivianos– se preguntan cómo actuar frente al delito. Para ellas las armas y las drogas "vienen de arriba", más precisamente de "la policía". "A veces las madres somos crédulas –dice Mirta Salazar, de 45–, no creemos que es nuestro hijo. Y te puede tocar. El mayor problema, para mí, es que como nosotras la sufrimos tanto sobreprotegimos un poco a los chicos, es como que criamos príncipes sin dinero". Es una hipótesis, hay otras que se van armando mientras el grupo reflexiona sobre los próximos pasos a dar. Están acostumbradas a trabajar juntas, aunque algunas recién se conocieron cuando faltaban horas para terminar con los desalojos y el derrumbe. Todas han usado alguna vez las mismas estrategias, cuidarse los chicos unas a otras, comprar cajones en el mercado para dividir entre las vecinas, cruzar el puente de la General Paz para llevar los chicos a la escuela en Capital, donde creen que la educación mejora. Y por eso se sienten amigas y así es el nombre que le dieron al grupo que forman: amigas de la desgracia. Ahora lo que quieren, su tarea, es "crear conciencia", según dice Susana y usa una frase para hablar de los desalojos que seguirán que también podría leerse como una metáfora: "Cada vecino tiene que saber que los nudos arrastran las tiras, si tocan un nudo, tocan todo, de ésta o nos salvamos todos juntos o no se salva nadie" ●

FOTO DE TAPA: PABLO PIOVANO


AFP

La entrante y el saliente

POR SANDRA RUSSO

La venganza sería terrible. El rictus crispado pero firme con el que Hillary Clinton puso la cara cada vez que fue necesario en las duras épocas del Sexgate, el aplomo con el que –en plena orgía informativa sobre las manchas del vestidito negro de la becaria Lewinsky– Hillary se presentó en público de la mano de su marido, la tensión que la dominaba, pero que ella a su vez domaba hasta convertirla en templanza dieron sus frutos. Su actitud nunca fue la del ama de casa –casa de barrio o casa de country, da lo mismo– resignada que podría afirmar, como Viviana Gómez Thorpe en el best seller autóctono *No seré feliz, pero tengo marido*, ni la de una mujer que disculpa una infidelidad conyugal porque el amor es más fuerte o porque la familia es lo primero o porque "no sé qué sería de mí sin él". Ningún condimento pasional latino se mezclaba en la esfinge helada de Hillary cuando la imprudencia de Bill-el-díscolo la expuso a semejante humillación pública. Mientras los flashes la ametrallaban, mientras ella ensayaba por televisión argumentos que pretendían exhibir el Sexgate como una avanzada conservadora, mientras salía de gira y llegaba incluso a países recónditos como la Argentina para hablar de los derechos de las mujeres y de paso huir del microclima que la agobiaba en su enorme y propio país, Hillary lo estaba planeando todo.

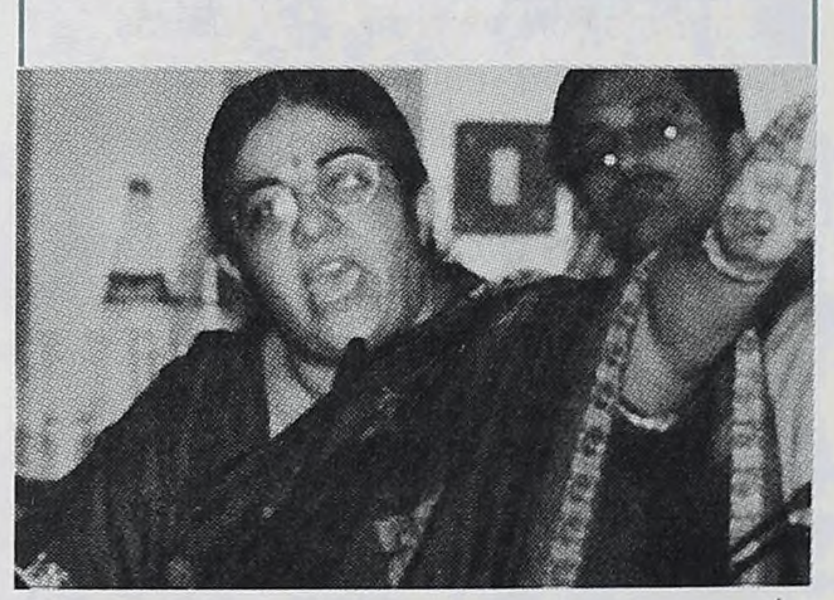
No había caído simpática a la opinión pública norteamericana cuando en 1992, recién llegada a la Casa Blanca, declaró que no tenía en mente dedicarse a hornear galletitas. Estados Unidos sigue siendo, incluso para los norteamericanos, un misterio. En una nota recientemente escrita como una forma de adhesión a la candidatura de Al Gore, Woody Allen aplaudía la designación de Joe Lieberman como segundo en esa fórmula, pero a conciencia de que ese país es lo suficientemente liberal y amplio de mente como para bancarse a un judío practicante como... segundo. "Ningún judío hasta el presente ha logrado hacer campaña como presidente o vicepresidente; ni un negro, ni una mujer, ni un gay, ni un ateo declarado. En un país en el que hay igualdad de oportunidades, las minorías antes citadas deben luchar por cada pulgada de terreno que ganan", afirmó. Bien. Hillary es mujer, y para colmo es fuerte.

Que hasta su llegada a Washington Hillary fuera una abogada de honorarios más que respetables, que tuviera opiniones propias, que defendiera la planificación familiar y los derechos de las minorías impulsó en su momento a Bill Clinton, dándole aura de un hombre que le daba en su vida un lugar a una mujer... fuerte, a una mujer que uno no imaginaba llorando en el hombro de su esposo porque el perrito agarró una neumonía, ni adornando la casa con guirnaldas para festejar el Día de Gracias. Pero la opinión pública norteamericana, en el fondo siempre un poco cuáquera, primero empezó a no digerir demasiado bien que la mujer en cuestión fuera fuerte en sentido estricto (los norteamericanos suelen adorar más las escenografías que los escenarios). Y después, se congració con ella cuando de esa fortaleza emergió el par de cuernos que Hillary intentó disimular con sucesivos y maníacos cambios de cortes de pelo. Por un lado, podría decirse que su escarnio despertó solidaridad y comprensión. Por otro, que la primera dama ofreció, con ese mismo escarnio, su escarmiento: he ahí el peligro de ser una mujer fuerte, mientras tú te relames en tu fortaleza, tu marido puede andar buscando consuelo en otros labios, dicho esto más en tono de hot line que de bolero. Lo cierto es que Hillary no perdió el control y ése es otro gran valor norteamericano: su peor defecto ya no fue su ambición, sino haberse casado con un hombre excesivamente sexuado para el gusto del norteamericano promedio. Que Hillary haya dicho en plena campaña y en el debate crucial con su adversario que no abandonó a Clinton en pleno escándalo porque evaluó la inversión matrimonial y su familia pesó más que la aventura interrupta del Salón Oval fue uno de sus momentos de gloria. Lenta pero inflexiblemente, la imagen de Hillary fue tornándose más sólida, más templada y más confiable que la de su marido, quien a partir de ahora intentará retener para sí el protagonismo político en los arrabales del poder, pero en los hechos será algo así como un príncipe consorte, el gran hombre atrás de la gran mujer. Ya lo veremos a él respaldar las ideas de ella, ya lo veremos como lo hemos visto, en el segundo plano de la foto. Y es probable que en la pulseada interna de la familia Clinton, Clinton espere en vano que Hillary cometa algún desliz equiparable al del vestidito negro de Lewinsky. Hillary es más astuta.

RAMOS GENERALES

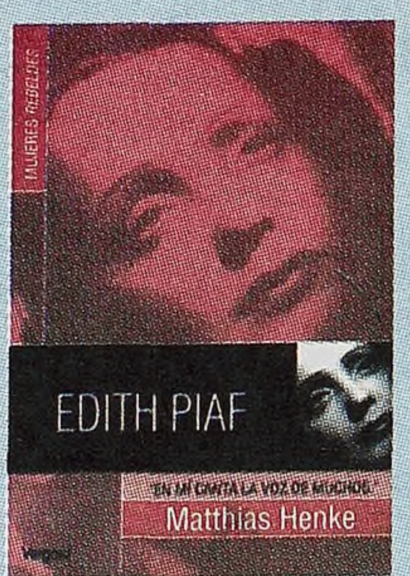
La semilla de Vandana

Vandana Shiva es lo que se dice una mujer brava, una de las renombradas activistas que, cada vez con más éxito y apelando a estrategias interesantísimas, se dedican a sabotear los avances de la mentada globalización. Claro que su militancia no es nueva sino que comenzó quince años atrás, cuando, ante quienes argumentaban que la agricultura química era la única posibilidad de aliviar el hambre del mundo, dio los primeros pasos para defender a la agricultura india de los pesticidas y a la creciente importancia de las biotecnologías. ¿La manera? Acudía a los poblados y ayudaba a los pequeños productores a desarrollar una agricultura orgánica: "Menos endeudados por los altos costos de los pesticidas o de las semillas genéticas, con los métodos naturales, estos agricultores obtienen más beneficios, mejores cosechas y, además, consiguen una mejor alimentación". Recientemente organizó, en Bangalore (al sur de la India), un Tribunal desde el que exigió una moratoria de diez años para la comercialización de semillas genéticamente modificadas. "Reclamamos, también, un sistema independiente de pruebas, uno equivalente al que funciona para los medicamentos." Es que el panorama que ella había diagnosticado se volvió real: las multinacionales Monsanto y Cargil comenzaron la penetración del mercado distribuyendo muestras gratuitas de sus semillas de laboratorio. El pequeño detalle era que estas semillas sólo resultan viables si durante su crecimiento son tratadas con grandes cantidades de pesticidas (¿adivinen quién los vende?). En menos de tres años, los granos tradicionales habían desaparecido, y los productores se encontraron a merced de las grandes empresas que, desde entonces, les venden por sumas increíbles las semillas y los pesticidas, además de otorgarles los créditos que necesitan para pagar. "Las multinacionales, al pretender controlar las semillas, la base de la vida, quieren controlar la seguridad alimentaria y la marcha de la nutrición", advirtió Vandana. Y parece que su palabra pesa: hace menos de un mes, más de diez mil productores rurales acudieron a su convocatoria y marcharon contra las semillas de laboratorio. Con ella a la cabeza, por supuesto.



LIBRERIA

La Piaf



En la colección "Mujeres Rebeldes" de la editorial Javier Vergara acaba de aparecer *Edith Piaf, en mí canta la voz de muchos*, de Matthias Henke, musicólogo y escritor. El libro reconstruye, con una buena cantidad de fotos, la vida de esa mujer, adorada como pocas, convertida en icono de su ciudad, de su país y de su tiempo. La biografía sitúa a Piaf en su época y la rodea de otros mitos modernos que tuvieron una relación fuerte con ella, como Marlene Dietrich, Yves Montand o Georges Moustaki, además de los incontables amantes de la diva. Henke afirma en el libro que Piaf vivió de rentas hasta los cuarenta: sus rentas eran su voz, su vitalidad, su seducción. A partir de allí, dependió de su capital, que no era tanto; tenía el alma cansada y el cuerpo enfermo. A la leyenda no le faltan ribetes trágicos.

SEÑORAS Y SEÑORAS

Ariana, al fondo a la derecha



Ariana Stassinopoulos entró en la escena pública al casarse con el magnate petrolero Michael Huffington. Un tiempo antes, había dejado su Grecia natal, obtenido un grado en Cambridge y publicado un libro furiosamente antifeminista. Pero el matrimonio con Huffington le valió el acceso al mundo político, el mismo en el que se quedó después de que su esposo perdiera estrepitosamente una elección y ella lo mandara de paseo. Casi inmediatamente, se convirtió en asesora de Newt Gingrich (un republicano más que derechista), aunque terminó cortándose sola cuando verificó que él no se interesaba "lo suficiente" por la pobreza y los problemas sociales. Se dedicó de lleno a su programa de televisión: una hora en la que evaluaba las noticias del día... en pijama y desde una cama. Luego, otro libro y una mayor radicalización (¿hacia dónde?): "Hablo en nombre del 99 por ciento de los norteamericanos que no se interesan en la campaña presidencial", dijo recientemente, mientras algunos de sus seguidores se infiltraban en los actos de Gore y Bush y hacían todo lo posible por arruinarlos.

RITUALES

Fujita y sus chicas.



¿quéhacésestanoche?

POR MARIA MORENO

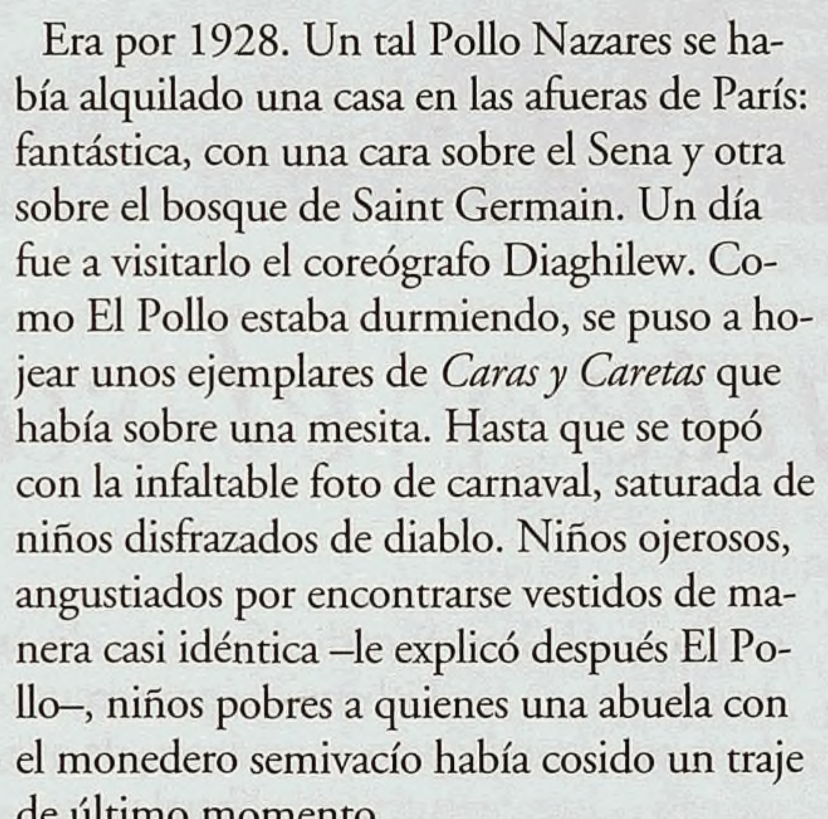
No soporto la compañía, salvo cuando estoy a punto de entrar a una fiesta", solía decir el artista Andy Warhol. Con su melena teñida de blanco con la que creía ganarle de mano a las canas y su fama de mandamás del pop, sabía que una fiesta podía ser convencional o algo mucho más peligroso: una noche donde el ingenio, la libertad y las ganas de inventar anden sueltas.

En las emergencias democráticas, las fundaciones artístico-políticas o como expresiones de la resistencia en los períodos represivos, la fiesta es siempre algo más que ese período de licencia y de apropiación del ocio que casi siempre suele adoptar la forma de un sábado a la noche.

Cuando el siglo se desperezaba –y Hemingway lo hizo obvio en el título de uno de sus libros–, París era una fiesta. Y para asistir a ella no era necesario ser rico. No necesariamente se ubicaba en un espacio y tiempo determinados, era una forma de circular, un mapa. La reina de esas fiestas itinerantes era Aisha, una modelo negra que había escapado de un circo provinciano a las portadas de las revistas de vanguardia: era inspiración, amante y fetiche exótico muy a la moda.

Desde que el general Mansilla visitara un salón parisino envuelto en un vistoso traje de indio, los argentinos fueron mimados por su creatividad y sus divisas. Cuenta Arturo Alvarez, un heredero criollo que se gastó su fortuna en comprar unos telones de Picasso, cómo nació ese color fantasioso llamado *shocking-pink*, más conocido como "tornasolado". El relato figura en su bello libro *Sven* y es algo así:

Era por 1928. Un tal Pollo Nazares se había alquilado una casa en las afueras de París: fantástica, con una cara sobre el Sena y otra sobre el bosque de Saint Germain. Un día fue a visitarlo el coreógrafo Diaghilew. Como El Pollo estaba durmiendo, se puso a hojear unos ejemplares de *Caras y Caretas* que había sobre una mesita. Hasta que se topó con la infaltable foto de carnaval, saturada de niños disfrazados de diablo. Niños ojerosos, angustiados por encontrarse vestidos de manera casi idéntica –le explicó después El Pollo–, niños pobres a quienes una abuela con el monedero semivacío había cosido un traje de último momento.



Esa noche, Diaghilew fue a lo de los condes de Baumont –ricos y refinadamente snobs– y debe haber contado la aventura con tanta expresividad como El Pollo, ya que los dueños de casa decidieron hacer un baile de disfraces. La consigna fue: *El infierno en los niños*. El célebre Serge Lifar fue de Lucifer, Chanel de "el diablo entre los hombres" (un traje negro, pulseras con rubíes y un pectoral de piedras rojas).

El Pollo se puso un mameluco de satín punzó y la clásica golilla dentada con cascabeles cosidos en las puntas, un tridente en la mano. La macana es que había prestado el auto a un maestro vecino. La casa de los Baumont no estaba cerca. Tuvo que ir caminando hasta Maison Lafitte, desde donde salía el último ómnibus a París. Entonces se largó un aguacero. Cuando llegó a lo de los Baumont hubo que sacarle el traje y esconderlo en la cocina. Cuando volvió a ponérselo, era magenta en el torso, lila en las mangas y rojo al llegar al cuello. El artista Tchelitchew quedó tan impresionado que esa noche –cuenta Arturo Alvarez– pintó un cuadro cuyo motivo eran unas frutillas de ese color. Schiaparelli se lo compró y, como por contagio, cortó los trajes de su próxima colección con el tono recién nacido. Era el *shocking-pink*.

EXTRAVAGANCIA DE ETIQUETA

La fiesta puede contener en su interior una obra de arte. Durante los llamados años locos, se dio una fiesta en honor a Elsa Maxwell, la venenosa cronista de Hollywood. Se titulaba: *Como esté cuando pase el bus*. Había que salir con lo puesto cuando sonara la bocina. Se ignoraba la hora en que sucedería. Hubo damas que subieron en camisón, hombres en calzoncillos y con la mitad de la cara llena de espuma de afeitar; otros iban con medio pijama y narigueras. Claro que todo había sido rigurosamente planeado.

Una prueba de capricho, ingenio e ironía fue una fiesta que dio una tal señora Fish en honor al personaje que en la tarjeta de invitación figuraba pomposamente como El Príncipe Drago. Ocurrió en el número 19 de Gramercy Park, en 1908. El Príncipe Drago resultó ser un mono cuyo mayor acto de civilización fue cubrir con salsa una cruz de la reina Victoria que adornaba el pecho de un lord, quien no tardó en desaparecer por la puerta de calle.

Cuando el escritor Truman Capote publicaba calumnias o simplemente ocultas indecencias de las celebridades norteamericanas, se le cerraban todas las puertas. Para vengarse, eligió una fecha, 21 de marzo de 1979, en que daría una fiesta tan impresionante que los excluidos –seguramente vanidosos y susceptibles a estas provocaciones– rabiarían a


Kiki, modelo de Man Ray.


La juerga modernista de París, a principios de siglo.

Cuando se evoca una década –incluso la Década Infame–, siempre se evoca una fiesta. Desde la época en que el vino y la ambrosía soltaban la lengua de los filósofos en una Grecia prefreudiana hasta las puestas en escena narcisistas de las raves, pasando por las bacanales drogonas de Studio 54, el tirar manteca al techo tiene su historia.

más no poder. Decidió hacer tapizar una cancha de tenis como si fuera una alcoba de *Las mil y una noches*. El se vestiría de humilde campesino. En la frente llevaría una fulgurante esmeralda. Todos le besarían la mano. "Seré el príncipe de toda Arabia", dijo. Pero no ocurrió. En cambio, se le permitió diseñar una puesta en escena para el cumpleaños de Bianca Jagger. Eligió Studio 54, de Nueva York. Bianca entró totalmente desnuda y montada en un caballo blanco, el rostro cubierto por un tenue tul azul. El caballo era conducido por un negro tan enorme y fornido que parecía ser más fuerte que el caballo.

Dicen que en los años '60 las mejores fiestas las daba Andy Warhol en su factoría taller, un lugar enorme con las paredes cubiertas por papel de plata. Los únicos muebles eran un sofá forrado de vinilo y un escritorio antiguo. De algún lugar solía emerger la voz de María Callas. La fauna que solía escupir el ascensor era variada, jamás abstemia: italoamericanos con peinados de cemento, camisas de red y espuelas en las botas, travestis con zapatos de taco carretel como los de Jackie Kennedy, peluqueros y montajistas, Mister New Haven, modelos con los ojos pintados como patas de araña, quizás Judy Garland y Charles Boyer, que allí parecían ser invisibles. Y Warhol podía estar o no. O, si estaba, actuar como si no estuviera.

FIESTAS DE COMPATRIOTAS, AUNQUE NO PATRIAS

En los tiempos del restaurador, hasta los unitarios como José Mármol afirmaban que las fiestas de Palermo eran una delicia. Piropos en correcta métrica, elegancias parisinas –la más elegante era Agustina Rosas, hermana de Don Juan Manuel y madre de Lucio Mansilla– y aguijoneos políticos de gran ingenio. Aunque a veces el dueño de casa se adelantara al grotesco criollo produciendo sonidos escatológicos en el trasero de su bufón, el enano Eusebio, con la ayuda de un fueye, o birlara los sombreros de las damas para colocárselos a los caballos de los carruajes estacionados en la puerta de la finca. (Ninguna de las dos ideas hubiera disgustado a algunos snobs venideros.)

Su enemiga, Mariquita Sánchez, con fama escolar de haber cantado por primera vez el Himno Nacional y de haberse casado "a la moderna" contra el consentimiento de los padres, era muy ingeniosa para los bailes de disfraz. En su exilio de Río de Janeiro concurrió a uno disfrazada de Eva (su hijo Enrique iba de Adán), ya que, según explicó, tenía "muchas parras y ninguna uva".

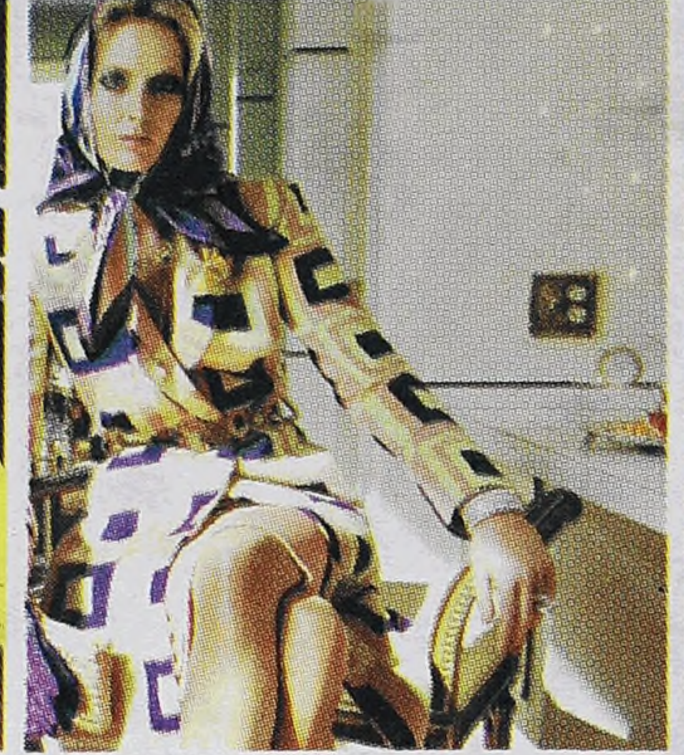
En los años '30 eran famosas las fiestas en el Tigre Hotel, pero las que se hacían en lo de los De Ridders no eran menos: solían disponerse en los jardines carpas enormes con el fin de retrasar la llegada del día, y alguna vez se vio llegar caminando por la Avenida Alvear a un elefante ricamente adornado y conducido por un marajá (nadie recuerda si verdadero).

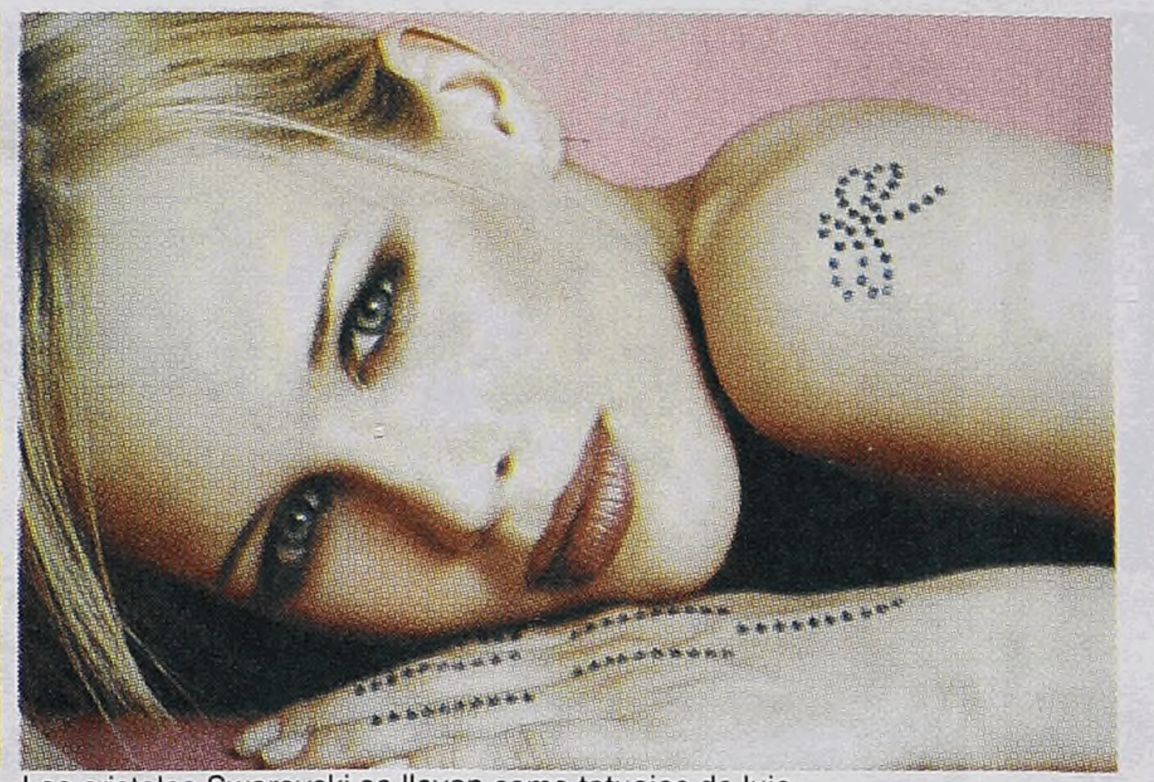
Durante el primer gobierno peronista, una *aristocracia culta y cosmopolita se nucleaba* alrededor de Arturo Alvarez, el autor de *Sven* y el creador del Pollo Nazares.

"A fines de la década del '40, el hotel Crillon era *el lugar*, mucho más que el Plaza –cuenta la periodista cultural y antropóloga del *café society*, Felisa Pinto–. Además, se llamaba *Crillon* con esa cosa mamarracha de llamarse como el mejor hotel de París. Arturo Alvarez vivía en el Crillon. El era un dandy vestido muy british, pero con una cosa criolla en su peinado a la gomina y que él subrayaba. Siempre estaba hablando del rancho y de la peonada, eso le daba mucha elegancia. Y daba unas fiestas adonde iban las bellezas de la época como María Marta Sánchez Elía, Malena Nelson, Betina Alzaga, todas de la high society, muy del entorno de Ignacio Pirovano, algo así como *el primer peronista*. Arturito era el rey, el mundano intelectual, no un cretinito, no un *nene bien* boludo. Eran las mejores fiestas de una Buenos Aires cosmopolita.

En épocas donde la fiesta ya estaba definitivamente mezclada con el arte, y a menudo no se la podía diferenciar de un happening, el plástico Federico Manuel Peralta Ramos se gastó el dinero de la beca Guggenheim en una sola noche, dando una fiesta en la boîte Mau Mau.

La década del '90 trajo nuevas tendencias. Se fue imponiendo el hábito, entre algunos pioneros, de festejar en salones populares al son del chamamé, la cumbia y los cuartetos. Roberto Jacoby hizo una en el *Eros*, club de Palermo, donde mezcló posmodernos con jugadores de bochas. El Club Nómade regenteado por Beto Bota y luego El Condon Club hicieron de las fiestas itinerantes un éxito de los primeros años de la década. En el 2000, las fiestas de la regalería y galería de arte *Belleza y Felicidad*, liberadas de todo mandato estético o militante. Para Jacoby, que preside también estas fiestas, allí se trata de vivir una alegría sin mandatos por encarnar una intención única, sin el totalitarismo de sentido que caracterizaba la de los '60 y los '70. Pero lo seguro es la continuidad de la fiesta. Después de todo, parafraseando al periodista Carlos Monsiváis, hay que proclamar que la felicidad es el mínimo compensatorio para habitar en un lugar.



La nueva campaña de Versace recrea el look "Dinastía".


Los cristales Swarovski se llevan como tatuajes de lujo.

El strass es ese falso brillante q
hacer rendir en el mundo de la r
plateadas se llevan en la piel, en
partes. Son una señal de falso l
de un exceso que parece erigirs
Un mundo que evoca al de "Din

MODA

a brillar, mi ar

POR VICTORIA LESCANO

En los '70 el músico británico Gary Glitter sentó las bases del glam rock cuando se puso pantalones oxford y chaquetas de lamé tan brillantes como su seudónimo, y luego David Bowie, con su personaje de astronauta bisexual llamado Ziggy Stardust, mostró cómo llevar estridencias firmadas por Yamamoto y llamó a uno de sus discos "Perros de diamante". Con raíces en la androginia y la cultura gay y lo más parecido a un tonel de purpurina derramado sobre los guardarropas, el estilo glam se impone en los guardarropas femeninos y tiene tanto protagonismo como el minimalismo en temporadas anteriores. No sólo los holandeses ultraconceptuales de Viktor and Rolf pegaron cristales y piedras brillantes a sus raras creaciones cuando transformaron la materia prima en vestidos de cristal para muñecas rusas, Gucci y Vuitton mostraron faldas y vestidos de pailletex rosa en ensamble con zapatos plateados. Y en la música, el circuito que le dio origen, Björk salió a cantar con un vestido bordado con falsos diamantes y una carterita con forma de pingüino esculpida por la especialista Judith Leiber, que durante años fue considerada emblema de vulgaridad a la americana.

Los cristales inventados por el joyero austríaco Daniel Swarovski en 1895 son la piedra basal de esta tendencia desde que la editora de moda Isabella Blow, una inglesa tan influyente como Diana Vreeland, lo fue en los setenta, sirvió de nexo entre la megaempresa y la joven guardia de la moda.

Gracias a ella Alexander McQueen hizo los experimentos que culminaron en un traje con diamantes de dos millones de dólares y una colección de antifaces con falsos cristales, el texano Jeremy Scott se proclamó "una prostituta de los cristales" y el sombrerero más chic de Londres, Philip Treacy, cambió las plumas de sus tocados por piedras.



Luego Stella McCartney lo engarzó en sus diseños, mezcla de tops muy sexies con collares incorporado para las mujeres Chloé, Dolce&Gabbana hizo un vestido de cristal con piedras en tonos rojo y turquesa de ocho kilos de peso y un precio cercano a los 28.000 dólares que fue exhibido en un desfile tributo a la estética de los clubes nocturnos de Las Vegas.

El furor del brillo en la indumentaria coincide con una tendencia que las revistas de moda llaman el regreso del estilo Dinastía y no dudan en señalar a Alexis Carrington como la principal musa inspiradora. En Buenos Aires el estilo del exceso, celebrado por las cuentas de collares y purpurina impresas en los diseños textiles de Trossman-Churba desde hace dos temporadas, ahora se vislumbra también en las vidrieras de Zara vía faldas de jean estilizadas con collares de strass a modo de cinturón, collares con perlas y cuentas doradas dignas de Carmen Miranda, brillos en el pespuntes de pantalones y blazers dorados. La colección verano 2001 de Paula Cahen D'Anvers tiene una línea llamada joya, que no es otra cosa que piedritas de strass bordeando tops, pantalones y vestidos en color beige. Glamour urbano, la última colección de Chocolate incluye trajes negros de piedras. La firma de lencería Caro Cuore se anticipó a la tendencia con el conjunto con strass decorando los aros y ahora estampó un corazón de strass en el escote de las modelos de su más reciente campaña de corpiños balconette con flores rococó.

En Dimensión, una tienda de accesorios de Paraguay al 4300, hay collares puperas –sí, para llevar brillo al ombligo– de strass, tatuajes con forma de corazón y estrellas, tobilleras y brazaletes cotizados en ocho pesos. También, gargantillas de malla metálica dorada y gafas con el ornamento de rigor. Pero el templo de los fetichistas es, sin dudas, el local de la calle Córdoba al 900 donde antaño funcionó la casa de lámparas más fulgurantes de Buenos Aires y hace un año funciona la primera sucursal Swarovski de la Argentina. Allí, junto a carruseles que contienen miniaturas de muñecos de nieve, bailarinas inspiradas en las de Degas, copas de champaña, tucanes, nenúfares, caperucitas rojas, cerdos, periquitos y otras rarezas muy codiciadas entre los coleccionistas del cristal y parafernalia kitsch, se vende el kit de 3 piezas llamado Cristal Tatoo –cuesta veinte pesos– y contiene versiones de corazón, estrellas y flores (uno similar estuvo obsequiando durante una reciente promoción la marca Revlon, junto a la compra de dos productos).

Más bizarro sin dudas fue el tatoo con forma de pezón ideado para ilustrar la campaña de prevención del cáncer de pecho disponible en sucursales de la tienda Saaks y que fue publicitado desde el hombro de la modelo brasileña Giselle Bundchen.

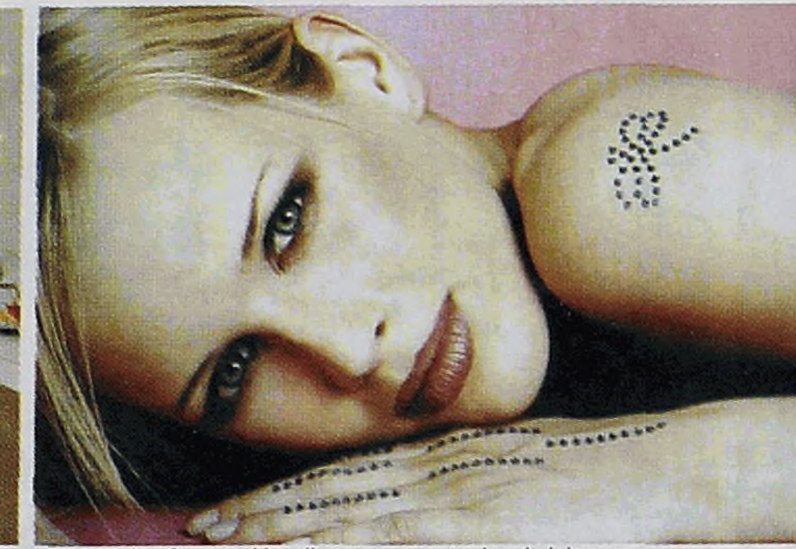
En los últimos happenings de moda y cine, el Oscar y el Festival de Cannes, el strass by Swarovski fue tan protagonista como los diamantes engarzados por Verdura, Harry Winston y Van Cleef and Arpels entre las divas de Hollywood de los treinta. Andie McDowell, Nicole Kidman y Minnie Driver lo llevaron en sus carteras. Esa familia de piedras cuyos procedimientos de corte se resguardan cual secreto de Estado, también fueron el tema de inspiración de la muestra de reproducciones de veinticinco joyas de la Corona británica de la firma londinense Crowns & Regalia.

Una recorrida por la historia de los trajes más fulgurantes no puede omitir las capas de Elvis Presley que hacían juego con su Cadillac dorado ornamentado con polvo de diamantes ni el duque de Buckingham asistiendo circa 1625 a la boda de Carlos I con un vestido todo cubierto de diamantes. Luis XIV fue un adicto a las piedras preciosas, con sólo seis años usaba chaquetas redingote provistas de tres docenas de rubíes a modo de botones y de adulto, en las fiestas palaciegas, aprovechaba cada chance para exhibir su colección de ciento cuatro botones de diamantes.

El estilo del exceso en versión 2000 se desató cuando John Galliano mostró diamantes en las tiras de tops de gasa y no vaciló en condimentarlos con sombreros fedora y botas de caña alta con las siglas CD bañadas en oro en sus colecciones para Christian Dior; el americano Michael Kors puso bordados y cadenas doradas a todos sus trajes



La nueva campaña de Versace recrea el look "Dinastía".


Los cristales Swarovski se llevan como tatuajes de lujo.

El strass es ese falso brillante que la familia Swarovski supo hacer rendir en el mundo de la moda. Ahora las piedritas plateadas se llevan en la piel, en ruedos, en carteras, en todas partes. Son una señal de falso lujo, y también como el detalle de un exceso que parece erigirse contra el minimalismo. Un mundo que evoca al de "Dinastía", pero un poco en solfa.

a brillar, mi amor

POR VICTORIA LESCANO

En los '70 el músico británico Gary Glitter sentó las bases del glam rock cuando se puso pantalones oxford y chaquetas de lamé tan brillantes como su seudónimo, y luego David Bowie, con su personaje de astronauta bisexual llamado Ziggy Stardust, mostró cómo llevar estridencias firmadas por Yamamoto y llamó a uno de sus discos "Perros de diamante". Con raíces en la androginia y la cultura gay y lo más parecido a un tonel de purpurina derramado sobre los guardarropas, el estilo glam se impone en los guardarropas *femeninos y tiene tanto protagonismo co*mo el minimalismo en temporadas anteriores. No sólo los holandeses ultraconceptuales de Viktor and Rolf pegaron cristales y piedras brillantes a sus raras creaciones cuando transformaron la materia prima en vestidos de cristal para muñecas rusas, Gucci y Vuitton mostraron faldas y vestidos de pailletex rosa en ensamble con zapatos plateados. Y en la música, el circuito que le dio origen, Björk salió a cantar con un vestido bordado con falsos diamantes y una carterita con forma de pingüino esculpida por la especialista Judith Leiber, que durante años fue considerada emblema de vulgaridad a la americana.

Los cristales inventados por el joyero austríaco Daniel Swarovski en 1895 son la piedra basal de esta tendencia desde que la editora de moda Isabella Blow, una inglesa tan influyente como Diana Vreeland, lo fue en los setenta, sirvió de nexo entre la megaempresa y la joven guardia de la moda.

Gracias a ella Alexander McQueen hizo los experimentos que culminaron en un traje con diamantes de dos millones de dólares y una colección de antifaces con falsos cristales, el texano Jeremy Scott se proclamó "una prostituta de los cristales" y el sombrerero más chic de Londres, Philip Treacy, cambió las plumas de sus tocados por piedras.

Luego Stella McCartney lo engarzó en sus diseños, mezcla de tops muy sexies con collares incorporado para las mujeres Chloé, Dolce&Gabbana hizo un vestido de cristal con piedras en tonos rojo y turquesa de ocho kilos de peso y un precio cercano a los 28.000 dólares que fue exhibido en un desfile tributo a la estética de los clubes nocturnos de Las Vegas.

El furor del brillo en la indumentaria coincide con una tendencia que las revistas de moda llaman el regreso del estilo Dinastía y no dudan en señalar a Alexis Carrington como la principal musa inspiradora. En Buenos Aires el estilo del exceso, celebrado por las cuentas de collares y purpurina impresas en los diseños textiles de Trossman-Churba desde hace dos temporadas, ahora se vislumbra también en las vidrieras de Zara vía faldas de jean estilizadas con collares de strass a modo de cinturón, collares con perlas y cuentas doradas dignas de Carmen Miranda, brillos en el pespuntes de pantalones y blazers dorados. La colección verano 2001 de Paula Cahen D'Anvers tiene una línea llamada joya, que no es otra cosa que piedritas de strass bordeando tops, pantalones y vestidos en color beige. Glamour urbano, la última colección de Chocolate incluye trajes negros de piedras. La firma de lencería Caro Cuore se anticipó a la tendencia con el conjunto con strass decorando los aros y ahora estampó un corazón de strass en el escote de las modelos de su más reciente campaña de corpiños balconette con flores rococó.

En Dimensión, una tienda de accesorios de Paraguay al 4300, hay collares puperas –sí, para llevar brillo al ombligo– de strass, tatuajes con forma de corazón y estrellas, tobilleras y brazaletes cotizados en ocho pesos. También, gargantillas de malla metálica dorada y gafas con el ornamento de rigor. Pero el templo de los fetichistas es, sin dudas, el local de la calle Córdoba al 900 donde antaño funcionó la casa de lámparas más fulgurantes de Buenos Aires y hace un año funciona la primera sucursal Swarovski de la Argentina. Allí, junto a carruseles que contienen miniaturas de muñecos de nieve, bailarinas inspiradas en las de Degas, copas de champaña, tucanes, nenúfares, caperucitas rojas, cerdos, periquitos y otras rarezas muy codiciadas entre los coleccionistas del cristal y parafernalia kitsch, se vende el kit de 3 piezas llamado Cristal Tatoo –cuesta veinte pesos– y contiene versiones de corazón, estrellas y flores (uno similar estuvo obsequiando durante una reciente promoción la marca Revlon, junto a la compra de dos productos).

Más bizarro sin dudas fue el tatoo con forma de pezón ideado para ilustrar la campaña de prevención del cáncer de pecho disponible en sucursales de la tienda Saaks y que fue publicitado desde el hombro de la modelo brasileña Giselle Bundchen.

En los últimos happenings de moda y cine, el Oscar y el Festival de Cannes, el strass by Swarovski fue tan protagonista como los diamantes engarzados por Verdura, Harry Winston y Van Cleef and Arpels entre las divas de Hollywood de los treinta. Andie McDowell, Nicole Kidman y Minnie Driver lo llevaron en sus carteras. Esa familia de piedras cuyos procedimientos de corte se resguardan cual secreto de Estado, también fueron el tema de inspiración de la muestra de reproducciones de veinticinco joyas de la Corona británica de la firma londinense Crowns & Regalia.

Una recorrida por la historia de los trajes más fulgurantes no puede omitir las capas de Elvis Presley que hacían juego con su Cadillac dorado ornamentado con polvo de diamantes ni el duque de Buckingham asistiendo circa 1625 a la boda de Carlos I con un vestido todo cubierto de diamantes. Luis XIV fue un adicto a las piedras preciosas, con sólo seis años usaba chaquetas redingote provistas de tres docenas de rubíes a modo de botones y de adulto, en las fiestas palaciegas, aprovechaba cada chance para exhibir su colección de ciento cuatro botones de diamantes.

El estilo del exceso en versión 2000 se desató cuando John Galliano mostró diamantes en las tiras de tops de gasa y no vaciló en condimentarlos con sombreros fedora y botas de caña alta con las siglas CD bañadas en oro en sus colecciones para Christian Dior; el americano Michael Kors puso bordados y cadenas doradas a todos sus trajes austeros para las princesas de la Quinta Avenida y además los mostró en pasarela mientras sonaban remixes de banda sonora de "Dinastía"; Donatella Versace mezcló estampados de Emilio Pucci en colores de dudoso gusto y rescató los medallones dorados con medusas esculpidos en homenaje a la serie ultracamp "Valle de Muñecas". Mientras que en Chanel Karl Lagerlfeld resaltó los tradicionales vestiditos negros y los combinó con medias saturadas de impresiones del logo y collares de perlas barrocas, su línea para Fendi se dio el gusto de ostentar vivos de strass en la superficie de carteras y abrigos de piel.

Las presentaciones 2001 de las pasarelas de París, Milán y Nueva York reunieron más pieles, cueros joyas y accesorios vulgares que cualquier casamiento de mafiosos y los teóricos de la moda recurrieron al concepto "vitalidad del caos" proclamada por el arquitecto Robert Venturi, archienemigo de Mies van der Rohe y de su postulado "menos es más". Algunas señas particulares del estilo del exceso: culto a la silueta y fetiches de los ochenta, juegos de logomanía, porque los emblemas de Dior, Gucci y Vuitton aparecieron impresas en chaquetas, vestidos y botas en el recurso más exhibicionista que recuerda la moda de este siglo, epidemia de brillos en medallitas y medallones para el cuello y brazaletes de Bulgari que dejan a la célebre colección de pulseras con perros caniches, lámparas de Aladino y la leyenda I love you de Joan Crawford reducida a un accesorio ascético.

Si quedan dudas vale remitirse a la última gráfica de Versace, donde la modelo Amber Valetta representa a la nueva musa de los diseñadores. Mujer rubia, pelo batido y sombra celeste, vestida con blazer y pantalón amarillo huevo, anillos, broche en la solapa, gargantilla más aros pastilla, sentada en un living tan pretencioso y recargado como su vestimenta.


En la última campaña de Krizia también se vende el "toque pedrería".

e que la familia Swarovski supo

a moda. Ahora las piedritas

en ruedos, en carteras, en todas

o lujo, y también como el detalle

rse contra el minimalismo.

inastía", pero un poco en solfa.

mor

austeros para las princesas de la Quinta Avenida y además los mostró en pasarela mientras sonaban remixes de banda sonora de "Dinastía"; Donatella Versace mezcló estampados de Emilio Pucci en colores de dudoso gusto y rescató los medallones dorados con medusas esculpidos en homenaje a la serie ultracamp "Valle de Muñecas". Mientras que en Chanel Karl Lagerlfeld resaltó los tradicionales vestiditos negros y los combinó con medias saturadas de impresiones del logo y collares de perlas barrocas, su línea para Fendi se dio el gusto de ostentar vivos de strass en la superficie de carteras y abrigos de piel.

Las presentaciones 2001 de las pasarelas de París, Milán y Nueva York reunieron más pieles, cueros joyas y accesorios vulgares que cualquier casamiento de mafiosos y los teóricos de la moda recurrieron al concepto "vitalidad del caos" proclamada por el arquitecto Robert Venturi, archienemigo de Mies van der Rohe y de su postulado "menos es más". Algunas señas particulares del estilo del exceso: culto a la silueta y fetiches de los ochenta, juegos de logomanía, porque los emblemas de Dior, Gucci y Vuitton aparecieron impresas en chaquetas, vestidos y botas en el recurso más exhibicionista que recuerda la moda de este siglo, epidemia de brillos en medallitas y medallones para el cuello y brazaletes de Bulgari que dejan a la célebre colección de pulseras con perros caniches, lámparas de Aladino y la leyenda I love you de Joan Crawford reducida a un accesorio ascético.

Si quedan dudas vale remitirse a la última gráfica de Versace, donde la modelo Amber Valetta representa a la nueva musa de los diseñadores. Mujer rubia, pelo batido y sombra celeste, vestida con blazer y pantalón amarillo huevo, anillos, broche en la solapa, gargantilla más aros pastilla, sentada en un living tan pretencioso y recargado como su vestimenta.



En la última campaña de Krizia también se vende el "toque pedrería".

LO NUEVO *lo raro* LO ÚTIL



DKNY

"Sensibilidad urbana" es de lo que se jacta Donna Karan y de lo que hace gala su fragancia, cuyo packaging evoca un rascacielos y la campaña que la precede permite sobreponer a un conjunto de frascos del perfume un paisaje de Nueva York. Karan ha dicho reiteradas veces que para ella su trabajo nunca se trató de ropa, sino de "estilos de vida", y se aboca a diseñar pensando el confort necesario para sintetizar lo funcional y lo estético. La fragancia es "energética", y pese a lo emblemático de la gran urbe para Karan, la imagen que la acompaña está integrada por un holandés y una española –Mark Vanderloo y Esther Cañadas–, un rasgo más de la visión cosmopolita de la diseñadora norteamericana más famosa.



espíritu libre

Maybelline New York, la marca de maquillaje más vendida en Estados Unidos, en asociación con Miss Ylang, lanza "Fresh Spirit" para este verano. La colección reúne colores simples y límpidos, hermanados en la gama pastel.



YOGA

Elongación, posturas, respiración, relajación antiestrés. La profesora Marina Ferrari Hardoy da clase de yoga y propone, a través de esa práctica, el equilibrio de la mente, el encuentro de la paz interior y una herramienta para combatir la frustración, la ansiedad y las enfermedades relacionadas con el estrés. En noviembre, clases prácticas sin cargo. Informes en el 4963-5098 o en el 4822-8164.



VERSUS

Llegó a Buenos Aires la nueva colección Versus, de Versace. Aunque la ropa de mujer sigue siendo más despojada y neutra que en las épocas en las que Gianni lideraba el imperio, es en la de hombres donde el cambio se nota más. Casual, moderna, andrógina, llena de "ciertos toques" pero liberada de los dorados que tanto amaba Mariana Nannis, la nueva ropa Versus se adapta a estos tiempos en los que los excesos siguen reinando, pero no son vistos con tan buenos ojos como hace unos años.



Nine West

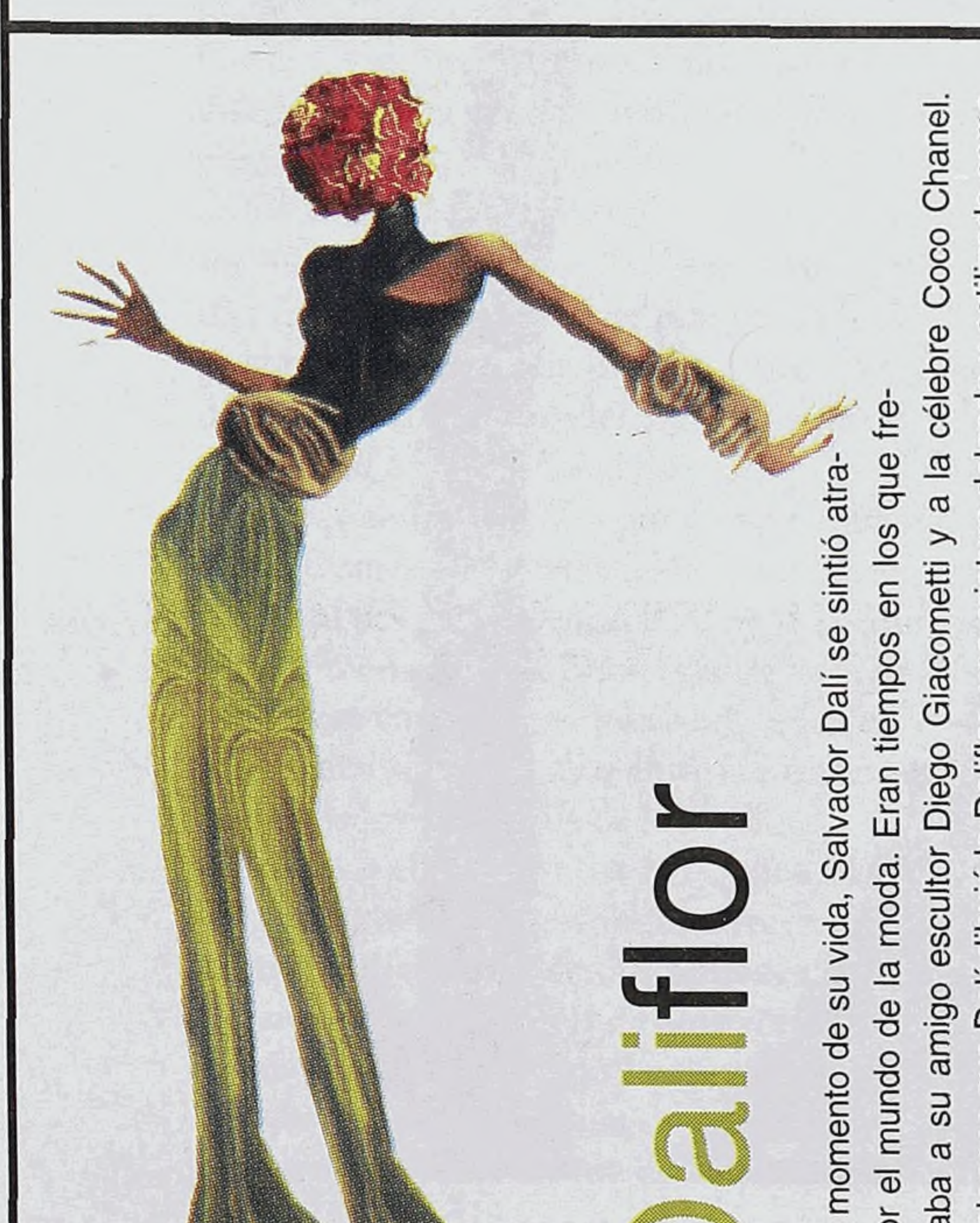
LLegó al país la colección Nine West, un grupo fundado en 1977 en Nueva York y que integran diez marcas orientadas a diferentes segmentos del mercado del calzado. Desde hace dos años la marca se reposicionó como "estilo de vida", completando su oferta con accesorios y carteras. Sus zapatos, que fueron presentados en un desfile en Puerto Madero, abarcan desde líneas básicas o retro, a deliciosos diseños que ostentan el toque de esta temporada: piedras y mostacillas.

charla

El 14 de noviembre a las 17.30 la Comisión de la Mujer Empresaria de la Asociación de Importadores y Exportadores de la República Argentina (AIERA) organiza una charla debate destinada a mujeres empresarias de Pymes, microemprendedoras, profesionales y no profesionales, en la sede de avenida Belgrano 124, primer piso. El temario incluye, entre otras cosas, la comercialización y la calidad de la miel, la promoción de la agricultura orgánica y la certificación de productos para exportar. Las panelistas invitadas son la ingeniera agrónoma Mercedes Nimo, Cristina García, de la Facultad de Agronomía, y la farmacéutica Ana Cukier, del Instituto Nacional de Alimentos. Informes en el 4342-0010.

Talleres

El Centro Municipal de Vicente López organiza talleres convocantes, con temas como "Busco empleo", "Conversando entre amigas", "Despertando a la bella durmiente", "Mi príncipe azul, ¿elección o adicción?", "Acompañada y sola" o "Autoestima". Informes en el 4794-6604/05.



Daliflor

En un momento de su vida, Salvador Dalí se sintió atraído por el mundo de la moda. Eran tiempos en los que frecuentaba a su amigo escultor Diego Giacometti y a la célebre Coco Chanel. Fue entonces que Dalí dibujó la Daliflor, una criatura delgada y estilizada como una dama de figurín. Ahora esa dama adquiere forma de perfume, con un frasco esculpido y una fragancia decididamente voluble.

entelada

La marca presentará en los salones de Milion (Paraná 1048) la colección de prendas para hombres y mujeres del verano 01. La musicalización estará a cargo del Grupo de Cámara de los Escépticos y Leo García cerrará la velada con un set de canciones. El domingo 12 de noviembre, 19.30.





Ozono

Jazmín Pietroboni tiene 10 años y realizó una pintura titulada "Todos los niños del mundo te cuidaremos", sobre el cuidado de la capa de ozono que resultó ganadora del concurso Noveles Artistas, organizado por Unilever y Cadea. Jazmín viajará a la Antártida en febrero próximo, con sus padres Elena y Roberto, y su maestra.

Salvar a Juan Salvador



Viviana Lauría y Marisa Grande son dos mamás de un colegio de San Martín que el año pasado hizo crack y estuvo al borde del cierre. Los padres se hicieron cargo de la administración, para defender una opción educativa que, dicen, merece tanto respaldo como otras.

POR S.R.

Viviana Lauría tiene 37 años, y es madre de un varón de nueve años. Hasta el año pasado, trabajaba en un emprendimiento propio que no dio frutos, y lo abandonó. Marisa Grande es abogada, es mamá de una nena de nueve y de un varón de siete años, y ahora, a sus horas de trabajo, suma otras tantas como miembro de la Comisión Directiva del colegio Juan Salvador Gaviota, de San Martín. Viviana, por su parte, reparte su tiempo entre las tareas de su casa y las actividades de una de las subcomisiones de padres del mismo colegio. Hay una de Mantenimiento, otra de Eventos y una tercera de Campamentismo. Las dos mujeres, hasta hace poco, eran madres de clase media que mandaban a sus chicos a ese colegio, que por un arancel de 140 pesos la jornada simple y de 200 la jornada completa, es, en su zona y según ellas, el único que les ofrece a los padres y a los chicos una alternativa de educación personalizada, de progresismo democratizador, de ideario abierto y coherente que a lo largo de los años logró consolidar una comunidad educativa sólida y tan cohesionada que no trastabilló cuando a fines de 1999 el dueño del establecimiento reunió a los padres para decirles que los números no cerraban y la cosa se iba a pique.

Cuando se les pregunta qué pasó en aquel momento, si salieron a recorrer otros colegios, si los chicos pasaron por el clásico duelo anticipado ante la noticia de que la escuela tambaleaba, se miran y niegan con la cabeza, rotundas. “No, eso ni lo pensamos, ni lo contemplamos. Desde un primer momento lo primero que salió fue hacernos cargo”, dicen. Los diferentes grupos de padres finalmente se encontraron en una asamblea general y decidieron crear una Asociación Civil sin fines de lucro, la Juan Salvador, para agarrar la papa caliente que les tiraban desde el colegio. El cuerpo docente, integrado por cuarenta personas, siguió firme en sus puestos. Los padres comenzaron, entonces, a llevar adelante la administración. En la comisión directiva hay quince: contadores, abogados, arquitectos, sociólogos, asistentes sociales ponen el hombro ad honorem -llevan las cuentas, hacen los trámites, elaboran informes, diseñan reformas– para salvar esa alternativa educativa que cuidan como a la balsa que encontraron en el medio del mar para que sus hijos sigan educándose de acuerdo con la currícula tradicional pero a la que agregan talleres de murga, de magia, de circo, de huerta y cocina, de teatro, de mancha y murales, de percusión y de juegos de ingenio.

Antes de eso, el colegio había pasado por las etapas clásicas en los suburbios donde mora la clase media destartalada. Aunque los aranceles no eran altos, muchos padres habían pedido becas, pero la situación fue haciéndose cada vez más dramática y las becas no siempre solucionaban los problemas. “Por ejemplo, hubo un caso de un papá de Polvorines que, pese a la distancia, seguía eligiendo este colegio para sus chicos porque estaba consustanciado con la propuesta. Era encargado de un supermercado y lo despidieron. Empezó a trabajar como remisero, y nos dijo que tenía que sacar a los chicos. Le ofrecimos la beca. Pero nos dijo que el problema no era sólo la beca, el problema para él también eran los viáticos. Situaciones como ésa se nos escapan de las manos”, dice Marisa. Viviana asiente. Son amigas. La amistad entre los padres es una de las características del colegio, en el que las actividades de la semana se extienden a las del fin de semana y hasta a las de las vacaciones: el campamentismo en familia brotó naturalmente entre gente con afinidades y un proyecto en común. Entre la población del colegio hay diversos tipos de familias, y esa diversidad es una más de las cosas en común. Madres y padres participan de la misma manera y con la misma intensidad. También hay muchos madres y padres divorciados y con segundos matrimonios, matrimonios mixtos que descartan opciones educativas religiosas, una cantidad alta de chicos adoptados, algunos de ellos provenientes de hogares en tránsito.

“Esos chicos, por ejemplo, necesitan un seguimiento especial, una contención delicada que acá encuentran y que sus padres no creen poder encontrar en colegios municipales donde la educación no sólo es más estructurada, sino que la hiperpoblación impide que los docentes estén pendientes de cada caso en particular. Acá se tiene en cuenta si en la familia hay problemas, se tiene en cuenta la historia del chico; sabemos que si voló una mosca, la maestra nos va a llamar y nos va a decir: mirá, voló una mosca”, dice Viviana.

En tiempos de derrumbe de sueños, los padres del Juan Salvador Gaviota se resisten con uñas y dientes a ver derrumbarse el colegio que sus chicos adoran y por el que, dicen, hasta brindan en las ocasiones especiales: “Los chicos, hasta como deseo de cumpleaños, piden que el colegio no cierre”.

Pagan 5400 pesos de alquiler en un edificio que no los satisface. Y los números siguen sin dar. Actualmente la mora trepa al 25 por ciento, y nadie presiona porque va de suyo que si alguien no paga es porque no puede. Ahora reman para que la Dirección de Enseñanza de Gestión Privada bonaerense los escuche y les dé el subsidio del que gozan todos los colegios religiosos de la zona y también todos los otros colegios privados. “¿Por qué a otras alternativas educativas el Estado las ayuda a sobrevivir, y a ésta, que tiene tanto consenso entre más de 200 familias, no?”, se pregunta Marisa, que lleva adelante los trámites. Las dos aseguran que no están, ellas, más identificadas con la propuesta del colegio que todos los demás padres. Y habrá que creerles cuando relatan la infinita lista de actividades que esta gente agregó a las propias y que solamente tiene por objetivo salvar este medio ambiente educativo en el que confían. Rescatando ellos al colegio, están rescatando a sus hijos. Y con esa idea-fuerza, son capaces de todo esto, y más.

formando líderes





Moema Viezzer es una feminista brasileña que hasta hace un año dirigió la Rede Mulher de Educaçao, una organización que nuclea a mujeres campesinas y de barrios periféricos. De paso por Buenos Aires contó sus experiencias en el Centro de Estudios de la Mujer dentro del Programa "Piloteando futuros" que impulsa la capacitación y el liderazgo femeninos.

POR MOIRA SOTO

Con ese aire de señora afable y clásica, que probablemente induciría a cualquiera que no conozca sus antecedentes a catalogarla como ama de casa aferrada a los valores tradicionales, Moema Viezzer es una descollante feminista brasileña, de intensa y fructífera actividad durante los últimos veinte años. Ya en 1975, en su exilio mexicano, Viezzer se hizo merecidamente famosa gracias a la publicación de *Si me permiten hablar*, el libro de los testimonios de Domitila, campesina boliviana, de gran impacto en Latinoamérica, luego traducido a 19 idiomas. Sin embargo, el éxito no la incitó a reincidir en ese género: a su regreso a Brasil, en 1980, su energía y creatividad se concertaron en el trabajo con las mujeres del campo y los barrios periféricos. Así surgieron los primeros clubes que poco a poco conformaron la Rede Mulher de Educaçao, la organización que Moema Viezzer condujo hasta este año –"no quería ser presidente vitalicia"– y en la que sigue actuando con el entusiasmo de siempre.

De hecho, esta feminista de la primera hora estuvo recientemente en Buenos Aires intercambiando experiencias e ideas con el Centro de Estudios de la Mujer, a propósito del Programa de Apoyo al Liderazgo y Representación de la Mujer que financia el BID y respaldan otros organismos. El programa local, denominado "Piloteando futuros", abarca –además de Argentina– a Chile, Paraguay y Uruguay, y está dirigido por la licenciada Gloria Bonder. Sus objetivos: facilitar la empleabilidad, la participación como ciudadanas y el liderazgo de las jóvenes, contribuyendo a desarrollar sus intereses y adquirir habilidades en pos de un empleo digno, preparándolas para desempeñar funciones de liderazgo en las organizaciones sociales y políticas. En general, los proyectos seleccionados y subsidiados brindan a las jóvenes acceso a la informática, espacios de diálogo intergeneracional, intercambio con jóvenes de distintos sectores sociales (el e-mail del CEM, de Buenos Aires, es cem@cembue.wamani.apc.org).

A lo largo de la entrevista que dio a **Las/12**, Moema Viezzer puso el acento sobre la importancia decisiva que para la Rede Mulher de Educaçao (dirección en internet: www.redemulher.org.br) tiene la integración de los varones y el desarrollo de proyectos educativos que faciliten la articulación de la mujer con vistas a nuevas relaciones entre los géneros. Porque "la educación popular feminista es un proceso pedagógico de carácter político y apunta hacia la reciprocidad entre hombres y mujeres, tanto en la producción como en la reproducción".

ASUMIR EL LIDERAZGO

–¿Podría resumir lo más esencial de la actividad que Rede Mulher ha desplegado desde su fundación?

–Hicimos mucho trabajo de investigación participativa, cantidad de talleres sobre los derechos de la mujer, estuvimos en movimientos relacionados con el accionar político, como la Asamblea Nacional Constituyente, para lograr incluir temas que nos importaban. Después, claro, hubo que moverse para que se cumplieran ciertas políticas públicas y no quedaran sólo escritas en el papel. La experiencia nos indica que lo que a veces parece triunfo, un hecho consumado, todavía debe ser reglamentado y aplicado. No podemos descuidarnos nunca: por ejemplo, tuvimos diputados del Congreso que querían borrar parcialmente ciertas conquistas que para nosotras eran inamovibles, fuera de toda negociación, como la forma de instrumentar los derechos reproductivos o la lucha contra la violencia.

–¿Los cursos de liderazgos de la Rede Mulher están dedicados por igual a las tra-



bajadoras, a las sindicalistas y a las que hacen política?

–Creemos que el tema del liderazgo es prioritario hoy día y lo abrimos a todas las interesadas. En el '97 se empezó esa actividad a partir de una investigación de varios grupos conectados con la Rede. Hicimos cursos que se fueron ampliando y sobre esa base se editó un manual adaptado a las nuevas exigencias que se imponen a las mujeres. Personalmente, dentro de esta temática, estoy involucrada ahora en un proyecto con mujeres rurales activistas de tres estados de Brasil, que se llama "Cambiando el mundo" con las mujeres de la Tierra. Las que están en la Amazonia tienen que negociar con el gobierno, con el Ministerio del Ambiente, organizar proyectos. Hacemos este trabajo con las "extrativistas" del coco babaçu, la Federación de Sindicatos, el Grupo de Artesanas Rurales.

CON ESTA SI,
CON ESTA TAMBIEN

–Fue muy impresionante este año la Marcha de las Margaridas, una movilización a nivel nacional para reivindicar la Reforma Agraria, derechos laborales y alentar la lucha contra todas las formas de violencia

–¿Qué grado de participación tuvo la Rede?

–Fueron más de veinte mil mujeres rurales contra el hambre y la violencia sexista. Ellas tomaron su nombre de Margarida Alves, líder campesina asesinada en Paraiba, en el '83. Nosotras participamos, pero no la organizamos. Por primera vez las mujeres rurales y las "extrativistas" -.que buscan formas de convivir con la floresta sin destruirla– presentaron reivindicaciones propias, dentro del marco de la Marcha Mundial de las Mujeres 2000, que cuenta con la adhesión de 146 países. Hay cerca de medio millón de trabajadoras del coco babaçu, que se corta a mano porque no hay máquinas; las castañeras son todavía más numerosas. Y las condiciones de trabajo, aunque han mejorado gracias a los reclamos, son aún lamentables. Hace no mucho, en la TV una trabajadora denunciaba que le pagaban 30 centavos de dólar las 8 horas. Hay muchos problemas por solucionar. Estas mujeres quieren ser tratadas como agricultoras, tener voz: ya obtuvieron el cupo del 30 por ciento en las comisiones directivas. En Paraná, donde yo vivo, es muy arduo mantener la pequeña propiedad, hace falta un cambio profundo. Por eso el movimiento de los Sin Tierra es tan fuerte ahora, es el gran interlocutor del gobierno, llena espacios en los periódicos.

–¿Cuál es la representación de las mujeres en ese movimiento?

–Hay bastante integración. En realidad, yo diría que es un movimiento casi familiar: las mujeres están naturalmente incorporadas. Y se advierte un grado creciente de conciencia masculina: cuando los visité durante el IV Congreso, me encontré con algunos hombres convencidos de que quien hoy no reconoce la igualdad de las mujeres en el terreno de los derechos humanos y no trabaja para alcanzarla dentro y fuera de la casa, no merecía ser parte de los Sin Tierra. Es que ésta es la nueva concepción que se va imponiendo: que la problemática de las mujeres es asunto de todos.

–¿Esta transformación de la mentalidad ha incidido en la disminución de la violencia contra la mujer?

–Todavía es pronto para decirlo, aunque yo creo que sí. He estado tratando el tema con mujeres campesinas y ellas opinan que el hecho de que hoy se hable tanto de esta forma de violencia, porque las maltratadas ya no se callan, produce la impresión de que hubiese un aumento. Coordino un proyecto que se llama "Superando obstáculos" en la prevención y el combate contra la violencia hacia la mujer y, en la primera fase, al evaluar los últimos diez años, señalábamos cuántas cosas se han ido haciendo: comisarías de mujeres, refugios, ONG que trabajan en la capacitación de promotoras populares. Sin duda, faltan redes de servicios articulados entre sí, instituciones públicas más sensibilizadas y coordinadas.

–Pregunta retórica: ¿contentas con el triunfo de Marta Suplicy como alcaldesa de San Pablo?

–Estamos muy felices, es algo muy grande para nosotras. La presencia de Marta, que ya se había hecho notar en el Congreso, va a tener un impacto muy fuerte en los temas de equiparación y no discriminación en general. También hubo un gran avance de las mujeres concejales. El Consejo Nacional de los Derechos de la Mujer tiene la intención de hacer un importante trabajo de carácter pedagógico, porque dentro de dos años tenemos elecciones a nivel de presidente.

–¿Qué otras conquistas merecen ser destacadas?

–En el área de salud tenemos la Red Nacional Feminista de la Salud y Derechos Reproductivos, la organización más fuerte, activa y antigua. Una cosa interesante para resaltar es que se está recuperando y valorizando el rol de las parteras, sobre todo en sitios apartados. En algunos estados se les brinda una especialización complementaria. En la atención de los partos ellas son como los antiguos médicos de campo. Otro movimiento fuerte que quiero mencionar es el de las mujeres negras, que trabaja con problemas de racismo, de empleo.

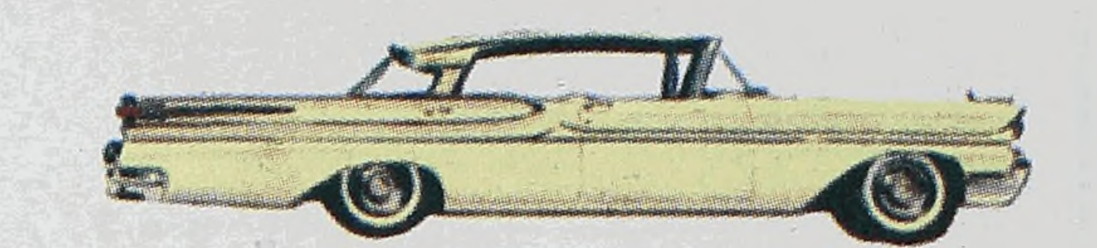
–¿Qué balance hace de su visita a Buenos Aires?

–Bueno, vine a hacer una pequeña consultoría para el proyecto que conducirá Gloria Bonder, "Piloteando futuros", financiado por el BID, que también apoya otros proyectos de dos organizaciones intermedias de Brasil, que auspicia la Rede Mulher. Hacemos intercambio: Gloria viajó a Brasil, participó en la Marcha de las Margaridas, vio de cerca y evaluó nuestro trabajo. Ahora vine yo, estudié las cuatro propuestas locales y visité Catamarca donde se desarrolla un proyecto muy lindo de promoción de la mujer rural, de una ONG. Las propuestas brasileña y "Piloteando..." apuntan a ideas nuevas dentro del movimiento de mujeres y de las políticas públicas. Desde luego, la cuestión de las jóvenes y el futuro es fundamental en una situación de tanta inseguridad y limitaciones.

"La experiencia nos indica que lo que a veces parece triunfo, un hecho consumado, todavía debe ser reglamentado y aplicado. No podemos descuidarnos nunca."







CLÁSICOS NORTEAMERICANOS

DISEÑO



POR SOLEDAD VALLEJOS *

Tommy Hilfiger es uno de esos señores que saben lo que quieren: de alumno en una aburridísima secundaria de pueblo se convirtió en propietario de la tienda top de la zona. Quiebras varias, esposa, socios y algunos bocetos después, el muchacho había devenido en figurita disputada por Calvin Klein y Perry Ellis. Pero ésa no es la mejor parte. De acuerdo con su leyenda ("su" quiere decir la que él mismo se encarga de desparramar), ante semejantes propuestas laborales sólo se le ocurrió una cosa: acudir a una bruja. "Esperá un poco, ya vendrá algo mejor", fue la sentencia. El desestimó el dinero que en ese momento lo habría salvado y se sentó a esperar. Exactamente un día después, un inversor de los fuertes le ofreció lo que jamás hubiera esperado: financiarle el sueño de la compañía propia. Y, quince años después, ahí lo tenemos, con su nombre hecho marca y sus lindísimos diseños materializados en lindísimas prendas. A qué negarlo, el señor es un claro exponente del sueño americano y, como tal, no se queda con las ganas de nada, ni siquiera de hacer un libro (*All American*) en el que hace un breve repaso de la cultura pop norteamericana –con un énfasis especial en sus iconos más poderosos–... utilizando como hilo conductor su propia vida.

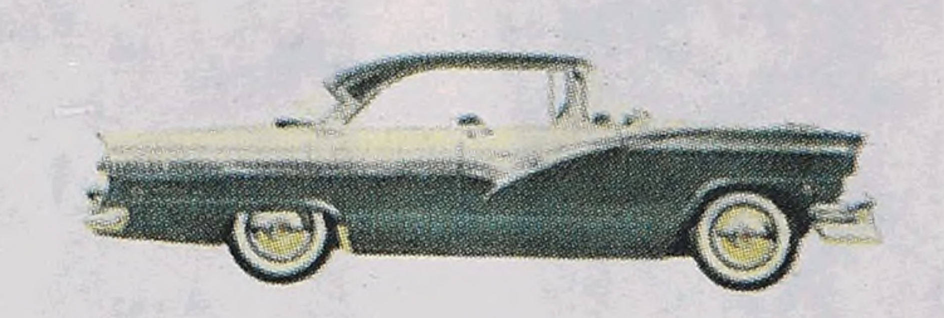
EL POP SOY YO

La vida del diseñador suena como un compendio de símbolos del *american way of life*: padres inmigrantes que llegan sin un centavo, consiguen trabajo, casa y nueve hijos; juegos de béisbol en el jardín; camioneta Ford para los paseos familiares; el programa de Ed Sullivan; adolescentes en autocines. La lista, en realidad, es larguísima, pero permite comprender por qué Hilfiger –más allá de estrategias de marketing– se siente con cierta autoridad para hablar de estos iconos, aunque, a decir verdad, se limite a enumerarlos y a explicar algunos de sus orígenes. Por otra parte, sus creaciones, aunque en ocasiones sean vestidas por mujeres, suelen estar destinadas al público masculino, por lo que Hilfiger se limita al recuento de ese sector de la industria.

"América –dice– es una cultura de automóvil. Estamos enamorados de los viajes y de todos sus aderezos, desde las paradas para camioneros hasta los abrigos para manejar." Entonces, icono número 1 (el orden no significa, necesariamente, un ranking): el saco para manejar automóviles. Alrededor de los '50, así como la creciente venta de autos significó un golpe mortal para la industria sombrerera (sencillo: las dimensiones del vehículo no contemplaban una cabeza cubierta por semejante adminículo), la de abrigos debió atenerse a necesidades elementales, como la de disponer de ropa que permitiera movimientos cómodos de brazos y piernas. Los tapados se acortaron, las mangas se ensancharon y se confeccionaron bolsillos con más capacidad.

Clásico número 2: el jean. Está claro que se trata de una prenda más que flexible, capaz de permitir una gama insospechada de lecturas y usos. Ninguna otra,





La historia del diseñador Tommy Hilfiger se engarza con la historia de las últimas décadas norteamericanas. En coincidencia con la apertura de su tienda en Buenos Aires, acaba de llegar un libro en el que Tommy repasa los iconos en los que ha abrevado: jeans, anteojos, camisetas, etiquetas, marcas, botas, camperas. Nada nos es del todo ajeno.


WOODY ALLEN


CLINT EASTWOOD


CLARK KENT



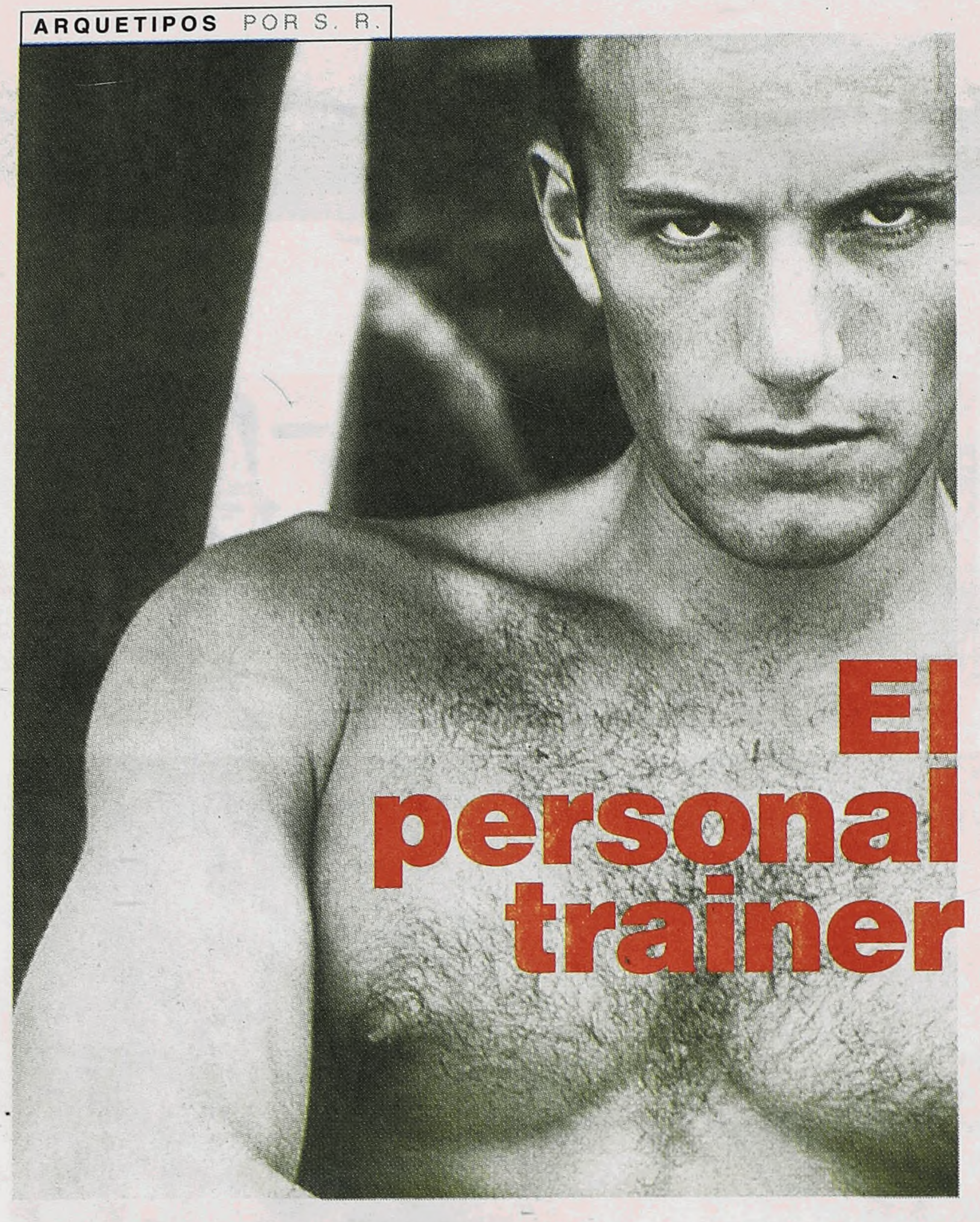
por ejemplo, hubiera sido capaz de hacer más rebelde a James Dean o más sensual a Marilyn; ninguna otra, tampoco, hubiera sido resignificada de manera tan fuerte por la generación del '70. Durante los '50, se llevaba en su acepción más pura: pantalones con aspecto de eternamente nuevo y de un azul intenso; los '60, en cambio, se inclinaron por un aspecto desgastado, adornado con patchworks y tonos arratonados. Los '70 son sinónimo de botamangas pata de elefante al principio, y alfileres de gancho e hilachas llegando al final. En esos años, Andy Warhol oficializó su status pop al inmortalizarlos en la tapa de *Sticky Fingers*, el disco de los Rolling Stones que los vincula abiertamente con la sexualidad. En los '80, con la llegada del glamour recargado al estilo *Dinastía*, el calce ajustado hizo tanto furor que, en Norteamérica, una sutil campaña de Calvin Klein –"No hay nada entre Brooke Shields y sus Calvin"– disparó las ventas hasta el infinito. Pantalones desgastados, nevados, tratados con ácido (!), con tajos, lo que fuera siempre y cuando no permitieran casi respirar.

Clásico número 3: el look universitario. Harto divulgado y ensalzado en los millones de películas que suelen recalar por aquí, la quintaesencia de este aspecto supone camperas y sweaters con las iniciales de la universidad, saquitos de cashmir, camisas inmaculadas y mocasines (o similares). Con el tiempo, claro, la lista fue algo modificada; se admiten prendas vintage, pantalones de carpintero, zapatillas, etc., pero la clásica imagen del universitario permanece ligada a los básicos.

Clásico número 4: la ropa de trabajo. Llama la atención que Hilfiger la incluya en el guardarropas, pero no carece de lógica que lo haga. "Trabajando en la estación Hess (una cadena de estaciones de servicio), en Elmira, tenía una camisa con un gran logo en la espalda. Para mí, significaba que era capaz de desarrollar este deber de adulto en la vida. Desde que tengo memoria, vestir logos ha sido parte esencial del estilo norteamericano. La gente está orgullosa de vestir un nombre que los asocia con una organización. De hecho, ayuda a separarlos de la multitud, dándoles un sentido de seguridad y autoridad." Suene como suene (en cualquier caso, algo parecido a "terrible"), no hay más que echar un vistazo a dos o tres marcas que se recuerde (hayan llegado o no aquí), y ahí está la prueba. Ese fervor por los logos, por sentirse apropiado por alguna compañía, sobrepasa, además, los límites laborales y puede invadir el tiempo libre: los nombres de los equipos deportivos, por ejemplo, no son otra cosa que marcas con una extensa variedad de merchandising; las campañas políticas suelen involucrar el mismo tipo de difusión, a tal punto que en Estados Unidos existen tiendas especializadas en la venta de prendedores, remeras, buzos y toda superficie posible que haya sido estampada con el logo de un candidato.

Icono número 5: los marcos de anteojos de carey. La lista de usuarios puede ser extensa (desde Cary Grant hasta Buddy Holly, pasando por Allen Ginsberg), y sus efectos, señala Hilfiger, pueden ser tan opuestos como convertir a su portador en un perfecto nerd o en una persona top. Los consejos: "Cuanto más cuadrado el marco, más astuto el aspecto" (Peter Sellers); "cuanto más redondo, más atolondrado" (Jerry Lewis). La historia de estos anteojos comenzó alrededor del año 1700, cuando se comenzaron a utilizar caparazones de tortuga. Actualmente es raro encontrar los de este origen (suele utilizarse el caparazón de búfalo de la India, un material que goza del visto bueno de los ecologistas porque, puesto que el animalito lo renueva cada año, no reviste crueldad), aunque por lo general el color se respete. Más consejos: "Si su cara es cuadrada, intente con marcos redondeados; si es corta, elija un marco rectangular".

Obviamente, la lista es incompleta, pero es que tampoco se trata de un estudio concienzudamente sociológico sino, más bien, de un paseo. El autor lo advierte en las primeras páginas: "Deje que este libro sea una inspiración cada vez que abra su ropero".



El músculo no duerme. Qué va a dormir. El músculo reina sobre su territorio, otea el horizonte y no grita "¡Tierraaa!" como Rodrigo de Triana sino "¡Carneee!" como un matarife entusiasmado con la más tierna de las terneras. El universo de este arquetipo es decididamente carnal y serán carnales las sensaciones que nos desate y las ilusiones que nos despierte. Ilusiones que tendrán por eje ese cuerpo esculpido que no se resigna a los vaivenes decepcionantes de la naturaleza y el paso del tiempo, y al que aspiraremos, ebrias de cinta fija, endorfinas y antioxidantes.

Al personal trainer una no lo conoce en un bar ni en un teatro ni en una plaza ni en un acto político ni en una presentación de libros. Siempre que hay un personal trainer en la vida de una mujer, esa mujer se ha inscripto en un gimnasio, lo cual dista mucho de ser un dato anecdótico. El ansia que ha llevado sus pasos hasta el salón de musculación de un gimnasio se origina generalmente en esa imagen que devuelve el espejo y que una no termina de admitir como propia. ¿Qué hacen esos rollos donde antes había pampa húmeda y lisa? ¿Qué pasó en esa cola que antes se erguía desafiando a la ley de gravedad y hoy cae rendida ante las evidencias lógicas de la física y la química? ¿Qué tienen que ver con una esos pocitos insignificantes en los muslos, que individualmente pasarían inadvertidos pero todos juntos y por centenares arman el espantoso puzzle de la celulitis? La inscripción en un gimnasio siempre intenta ser un viaje de ida al recuerdo de una misma hace mucho, un viaje por lo menos mental a aquel cuerpo lozano que empezó a cuartearse sin permiso.

Y allí está él. Siempre más joven que alguien. Más joven que una misma o más joven que el marido de una misma. Allí está él dándole y dándole a los isquibiotibiales, forzando bíceps y cuádriceps, aumentando peso en las barras olímpicas, reinando entre poleas. Y hay un momento en el que él se fija en una, para decir, por ejemplo, "separá más las piernas en la sentadilla" o "cambiá la respiración cuando subas la velocidad de la bicicleta". Después se acercará y tanteará la columna vertebral de la pupila que, sudada e inquieta, sentirá esos dedos masculinos internarse en nódulos y contracturas, y ofrecerá el cuello para que sea palpado, o la espalda, o los brazos.

Sea ya el personal trainer propio o esté en tránsito a ello, el tipo logrará el magiclic cuando llegue la hora bendita de la elongación. Elongar demanda, de quien elonga y de quien enseña a hacerlo, un abandono de la resistencia, una apertura corporal que él tutelará lo más de cerca que le sea posible, metiendo mano en lugares tan poco probos que de ahí en más con él la intimidad más honda es pura cuestión de circunstancia.

El personal trainer es la muestra gratis del músculo anhelado, la prueba viviente de que, si lo que se quiere de la vida es músculo, músculo hay: sólo es cuestión de darle duro y parejo al aparato. Dicho así parece poco, y es cierto que no es mucho. Pero hay momentos de la vida en los que nada suena tan tentador como eso, ni mil y una afinidades ni la más exquisita fascinación intelectual. Hay momentos, por suerte más bien pocos, en los que tira más un buen conjunto de músculos que una yunta de buenas razones. Los hombres saben de qué se trata. Las mujeres hace poco que lo estamos descubriendo.

Cocinando (y comiendo) con Marta y Marta

Marta conversa con la mujer que siempre va con ella, su doble de cuerpo y de alma. Y también con otros personajes que se le aparecen en la cabeza cuando está amasando, cortando verduritas, friendo... Es que no hay como estar sola en la cocina preparando la comida para que a una se le disparen los pensamientos, las fantasías, las asociaciones libres, todo con la rigurosa e inmanejable lógica del inconsciente. En la cocina, todas podemos ser Molly Bloom, la del *Ulises* de Joyce. O Marta, la protagonista de *Marta y Marta* que, como la hermana de María en el Evangelio, se afana en la más insoslayable de las tareas del hogar: cocinar. Marta prepara una especie de chop suey, un arrocito blanco, amasa y hornea panes, todo de verdad en una cocina de verdad, en la sala chica de El Excéntrico de la 18, los viernes y sábados a las 20.30. Mientras lo hace no para de hablar con su otro yo y otros fantasmas que la asaltan sin aviso.

Marta y Marta no aparecieron de buenas a primeras sobre la escena: hace ya más de un año que sus intérpretes, Susana Behocaray y Alicia Palmes (foto) andaban a la pesca de algún material para hacer juntas, pero no encontraban nada que les pasara por el cuerpo. Hasta que a Behocaray se le ocurrió que en los libros de cuentos de Inés Fernández Moreno (*Un amor de agua, La vida en la cornisa*) podía estar el germen de una pieza. Ahí llamaron a la actriz Elvira Oneto, que nunca había dirigido, para que se hiciera cargo de conducirlas. Y se nota que Oneto, en sus trabajos con Tato Pavlovsky, Norman Briski, etc., aprendió todo lo necesario, como lo demuestra mediante este espectáculo recientemente estrenado.

Oneto se entusiasmó con los libros y aunque no encontró ningún cuento para extraer una obra, sí escuchó una voz que circulaba a través de las historias. Y esa voz conformaba un personaje. El laburo de creación con las dos actrices se realizó básicamente a partir de "El canje" y "Efectos secundarios". "Todo lo que nos resonaba tenía que ver con la salud, la enfermedad, la finitud, la muerte... Pero sabíamos que queríamos tocar esos temas con mirada humorística. El problema es que había un solo personaje". Entonces, como Buñuel en *Ese oscuro objeto de deseo* que puso a dos actrices para hacer el personaje de Conchita, la directora –teniendo en cuenta cierto parecido físico entre S. y A.– propuso el desdoblamiento. Se fue perfilando Marta, se fue armando el relato: "La sensación era de un mazo de cartas mezclado, sabíamos que las escenas no debían tener un orden lineal. Cuando yo cocino pienso en siete millones de cosas que nada tienen que ver con la cebolla que estoy picando, y no dejo por eso de preocuparme por el condimento que voy a poner", comenta Elvira Oneto.

Una vez lista la pieza, se produjo otro hallazgo: dieron con el sitio perfecto para la representación, la sala chica de El Excéntrico, que venía con una cocina montada (y usada). Y así es como hasta el primer fin de semana de diciembre (retomarán el año que viene), después de que Marta discurre y cocina con Marta, los espectadores –cuyos jugos gástricos se activaron con los perfumes de la cocción– son convidados con un rico plato de los preparados durante el desarrollo de la obra, acompañado de una buena copa de vino. Todo por 10 pesos.

